7671

JUAN LÓPEZ NÚÑEZ

# EL NIÑO DE LAS MONJAS

: : : : COMEDIA : : : :

EN TRES ACTOS Y EN PROSA

Copyright, by Juan López Núñez, 1923.

MADRID
SOCIEDAD DE AUTORES ESPAÑOLES
Calle del Prado, núm. 24.
1923

22

# EL NIÑO DE LAS MONJAS

# EL NIÑO DE LAS MONJAS

COMEDIA

EN TRES ACTOS Y EN PROSA

ORIGINAL DE

JUAN LÓPEZ NÚÑEZ

---

Estrenada con extraordinario éxito en el TEATRO DEL CENTRO, de Madrid, el día 8 de Marzo de 1923.

TIPOGRAFÍA YAGÜES
DOCTOR FOURQUET, 4
MADRID

# REPARTO

| PERSONAJES | ACTORES |
|---|---|
| SOR RESIGNACION | Sra. Alba. |
| SOLEDAD | » Ladrón de Guevara. |
| LA EMBRUJADORA | Srta. De las Rivas. |
| CECILIA | » Caba (I). |
| LA VIRUTA | » Caba (J). |
| GLORIA | » Pujó (M). |
| SOR ESCOLASTICA | » Lozano. |
| SOR ELPIDIA | Sra. Valls. |
| LUISA | Srta. Huertas. |
| BLANCA | » Blanch (M). |
| * MARIA | » Pujó (B). |
| SALOMON | Sr. Bonafé. |
| POLVORILLA | » García León. |
| EL PADRE FLOILAN | » Romea. |
| CASCABEL | » Rivelles. |
| EL TORBELLINO | » Rodríguez. |
| DON ISIDORO | » Ponzano. |
| CARLOS | » Zaragozano. |
| PERICO | » Gutiérrez. |
| * ZENON | » Sanz. |
| * JOAQUIN | » Valencia. |
| UN ZAGALON | » N. N. |

La acción, en Andalucía y en el jardín de un convento. Epoca actual. Derecha e izquierda, las del actor.

* Los personajes señalados con asteriscos pueden suprimirse.

Esta obra es propiedad de su autor, y nadie podrá, sin su permiso, reimprimirla ni representarla en España ni en los países con los cuales se hayan celebrado o se celebren en adelante tratados internacionales de propiedad literaria.

El autor se reserva el derecho de traducción.

Los comisionados y representantes de la *Sociedad de Autores Españoles* son los encargados exclusivamente de conceder o negar el permiso de representación y del cobro de los derechos de propiedad.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

*A PEDRO MUÑOZ SECA*

*y*

*PEDRO PÉREZ FERNÁNDEZ*

*con la admiración, el cariño*
*y la gratitud de*

*El Autor.*

669916

# ACTO PRIMERO

Jardín de un convento de monjas, con muchas flores y muchos árboles. Al fondo se eleva la fachada del edificio, cuya arquitectura deberá ser la más apropiada y la que esté más en carácter, porque el convento de que se trata es uno de esos que se ven en los pueblos andaluces como reliquias venerables de un pasado esplendoroso y artístico. El convento se halla muy deteriorado. En la izquierda, primer término, una casita moderna, blanca y florida, a cuya puerta da sombra, y muy buena sombra por cierto, una parra frondosa, llena de pámpanos. A la derecha, una puerta que pone al convento en comunicación con el exterior. Es de día.

*Al levantarse el telón aparecen en escena* SOR ESCOLASTICA, SOR ELPIDIA, CECILIA, MARIA y OTRAS MONJITAS. *Conviene advertir que Cecilia y María son dos novicias. Todas trabajan afanosamente tejiendo preciosas guirnaldas y haciendo ramos de flores con las que sacan de unos cestos que hay a sus pies.*

SOR ES. ¿No quedan alhelíes?

SOR EL. Ni rosas, ni crisantemos, Sor Escolástica.

CEC. Ya sabe la hermana lo que ha ocurrido.

SOR ES. Es necesario decírselo a la reverenda madre Sor Resignación.

CEC. Ya lo hizo una servidora y me dijo que avisara al jardinero. Quiere hablar con él y llamarle la atención para que tenga más cuidado con su cabra, que es la que destroza todas las flores. *(Se oye la voz de el* PADRE FROILAN, *que llega por el fondo.)*

P. Froi. No dejen de avisarme si llega nuestra protectora.

Cec. (*Oyéndole.*) El Padre Froilán. (*Todas se levantan y entra en escena el aludido, que es un sacerdote apostólico y venerable. Muy viejecito, es un verdadero pastor de almas.*)

P. Froi. Sentaos, sentaos, hijas mías.

Sor Es. Sería falta de respeto. Pero si usted nos lo manda, le obedeceremos.

P. Froi. Os lo suplico. (*Las monjitas se sientan, menos Sor Escolástica. El Padre Froilán sigue diciendo.*) Ya he dicho a la reverenda Superiora que me avise si es que viene a visitarnos la que ha ofrecido restaurar este convento en ruinas. Hágase su voluntad y también la de Dios. Queden con El, hijas mías.

Sor Es. ¿Se marcha ya?

P. Froi. Sí.

Sor Es. ¿Por qué no espera que avise a Soledad?

P. Froi. ¿Y para qué?

Sor Es. Para que le acompañe y no vaya usted solo.

P. Froi. Gracias, hija mía. Pero no me hace falta, porque solo no va nunca el que como yo piensa y se dice con el poeta:

«De ir solos nos quejamos
a la contraria suerte,
y solos nunca vamos,
pues mientras por la vida caminamos,
siguiendo nuestros pasos va la muerte.»

(*Pronunciando estas últimas palabras hace mutis por la derecha, primer término.*)

SOR ES. Es un santo.

SOR EL. Un modelo de virtud.

CEC. Un confesor sapientísimo.

SOR ES. Y venerable. *(Se oye a* SOR RESIGNACION, *que no tarda en aparecer por el foro.)*

SOR RE. *(Antes de llegar.)* Ya vuelvo, señor maestro. *(Y entra en escena.)* ¿Terminaron las hermanas su labor?

SOR ES. No hemos podido, reverenda madre.

SOR RE. ¿Y por qué, Sor Escolástica?

SOR ES. Porque no tenemos flores.

SOR RE. Es verdad. No me acordaba. *(Dirigiéndose a Cecilia.)* ¿Dió usted mi recado al jardinero?

CEC. Con toda obediencia.

SOR RE. ¿Y qué le dijo?

CEC. Que vendría en seguida.

SOR RE. No hay más remedio que llamarle la atención para que tenga más cuidado con su cabra. Lo de hoy es muy desagradable, porque no sé cómo adornaremos la iglesia. ¡Qué pensará de nosotras nuestra desconocida protectora, si se digna visitarnos hoy, como le ofreció a Sor Luz!

SOR ES. ¿Cree la madre que vendrá?

SOR RE. No sé qué decirle, hermana.

SOR EL. Sor Luz nos dijo que esa señora era una mujer muy joven, muy elegante y muy religiosa.

SOR RE. No hay que dudar de sus sentimientos cristianos, viendo el interés que se ha tomado por el convento. Bastó una súplica de nuestras hermanas mendicantes para que ella ofreciera costear lo que valiese el arreglo de esta santa casa.

MARÍA. ¿Por qué le llaman Salomón al jardinero?

SOR RE. Por su facilidad de palabra y por su manía de hablar valiéndose de coplas que saca de su cabeza. A una servidora le mortifica mucho oírlas, aunque el Padre Froilán dice que los cantares son rayos de luna envueltos en música. ¡Es un santo! (*Mirando hacia la izquierda, segundo término.*) Pero... aquí viene Salomón.

SOR ES. Es verdad. (*Aparece* SALOMON)

SALOM. ¿Hay permiso?

SOR RE. Adelante, Salomón.

SALOM. Servidor y rústico. (*En escena ya.*) Dios guarde a las buenas madres, para bien de las personas... y de las mujeres. *(Dice esto con un saludo muy ceremonioso que le permita descubrir su cabeza blanca. Y es que Salomón es un hombre de avanzada edad, aunque apuesto y vigoroso. Jardinero del convento, es bueno, optimista y alegre, como si llevara en su corazón el fuego de una eterna juventud.)*

SOR RE. Supongo que se figurará para lo que le he llamado.

SALOM. De ningún modo. Yo no sé na ni me figuro na. Estaba en la huerta hablando con mi hija cuando me dieron su orden, y he venío a sabé lo que quiere.

SOR RE. ¿Es que no ha visto los estragos que en el jardín ha hecho su cabra?

SALOM. ¿Mi cabra?

SOR RE. *La Campanilla*, que es un animal muy malo.

SALOM. Perdone la madre que le diga que mi cabra es inocente, inofensiva, y, además...,

bueno, además, demasiado sabe usté que no es un animal ni mucho menos.

SOR RE. *(Aparte.)* ¡Qué poco juicio tiene este Salomón!

SALOM. Mi cabra es una persona, ¿qué digo persona?, es más todavía, como saben toos.

SOR RE. Calle y no diga herejías.

SALOM. ¿Herejías? Yo le suplico a la Superiora que no me toque a *La Campanilla*. Más que a nadie me duele lo que hagan con mis flores; pero no tengo más remedio que tener paciencia. Por algo dice la copla con su prosa:

«Considera, considera,
y siempre considerando:
los imposibles del mundo
se consiguen perdonando.»

SOR ES. ¡Qué bonito!

SOR EL. ¡Muy bien!

SOR RE. ¡No puedo con esas coplas!

SALOM. Y volviendo a *La Campanilla*, ¿qué quié osté que diga? ¡Me da una pena cuando la veo cieguecita y vieja!... Y es que me acuerdo del día que encontramos en este mismo jardín aquel niño que tiraron sin piedá, y al acordarme, me paece que veo a toas las hermanas acercarse al angelito pa besarlo; hasta que el pobre rompió a llorar desconsolao y hambriento. Era que le faltaba una madre entre tantas como había, y era que lloraba reclamando lo que ninguna de las monjas podia darle. ¿Saben ostés qué? Pues la vía láctea, y na más que la vía láctea.

SOR RE. ¡Ave María!

SOR EL. ¡Qué cosas dice!

SALOM. ¿Me han comprendío?

SOR RE. ¡Demasiado!

SALOM. Pues acuérdense también de que, cuando más apuraos nos veíamos, apareció nuestra cabra, que fué la verdadera madre del niño abandonao, y comprendan la veneración que debemos tener al animalito, que será lo que ustedes quieran, pero que tié corazón, entendimiento, voluntá y un arma superió a la de esas mujeres que tiran a sus hijos de cualquier modo, pa que haya animales que los quieran, y los cuiden, y los críen.

SOR RE. (*Limpiándose las lágrimas.*) ¡Pobre *Campanilla!*

SOR EL. *(Lo mismo.)* ¡Siempre nos enternece!

SALOM. *(Viendo la emoción de las monjitas. Aparte.)* Son unas santas. *(Alto.)* ¿Querían algo más las madres?

SOR RE. Preguntarle si ha visto usted a Cascabel.

SALOM. Lo he visto y sé que ha ido a esperá y a acompañá a esa señora de Santa Fe de quien tanto se habla aquí desde hace dos o tres semanas.

SOR RE. No tiene nada de extraño, porque por algo es nuestra bienhechora. Ha sido tan dadivosa para nosotras, que no tenemos más remedio que nombrarla para bendecirla y pedir por ella al cielo.

SALOM. Esto último está mu bien, pues le hace mucha falta, y yo sé lo que me digo.

SOR RE. ¿La conoce usted?

SALOM. Un poquiyo se me alcanza de lo que es esa señora, por lo que dicen en Santa Fe; pero

no está bien que lo diga uno, que no debe herir los oídos de las santas madres.

SOR RE. ¿Es posible, Salomón?

SALOM. ¡Y tanto! En nuestro mismo pueblo no falta quien cuente historias de esa señorita y quien diga cosas de un criao que tié con ella y ha venío al Ayuntamiento dos o tres veces. Ese criao es un tío mú mala sombra que se las da de leío y de escribío. ¡Y tengo unas ganas de hablá con él y enterarme de lo que sabe!... Porque eso de que venga al pueblo uno que quiera sabé más que uno tié mucho que ver. Uno ar fin y al cabo ha estudiao lo suyo, gracias a Cascabel, que lo ha enseñao. Y Cascabel sabe mucho. No hará coplas como yo, pero sabe lo suficiente pa ser mi padre espiritual.

SOR RE. ¡Como que ha sido una lástima que no quisiera estudiar para sacerdote, como todos deseábamos!

SOR EL. Esto ya está, madre.

SOR RE. Id entonces a colocarlas en el altar.

SOR EL. Como nos ordene.

SOR ES. Vamos, hermanas. *(Cogen sus cestitos y hacen mutis por la iglesia. Aparece* POLVORILLA *en la puerta de la derecha.)*

POLV. Buós días. ¿Se pué penetrá aquí? Pues adelante. *(Nadie le dice nada, y él se cuela.)* Mu buós días. *(Saca un enorme pañuelo, se limpia el rostro con él, respira afanosamente, se sacude el sombrero, y luego dice con un gran suspiro.)* ¡Vaya una caló!

SALOM. *(Aparte a Sor Peregrinación.)* (Este es el criao.) Usté dirá lo que quiere.

POLV. (*Sin dejarlo acabar.*) Abróchese osté y perdone.

SALOM. ¿Que me abroche yo?

POLV. Esto de abrocharse es una muletilla que yo me traigo y tié muchísimo arcanse... Déjeme osté resollá.

SALOM. ¡Que desahogao! (*Polvorilla, haciendo muchos aspavientos, se planta en medio de la escena. Así se puede admirar por completo su figura, que es la de un hombre relativamente joven, pero incapaz de molestarse por nada. Pinturero, jacarandoso y parado él, se cree una fiera y es más bueno que un Lulú.*)

SOR RE. (*Viendo el terrible esfuerzo que parece ha realizado y el atroz cansancio de que da pruebas.*) ¿Quiere refrescar?

POLV. ¡Pa refrescá está uno!

SOR RE. ¿Desea algún suspiro nuestro?

POLV. Ni que fueá el del moro, y usté perdone.

SALOM. Entonces, ¿qué es lo que quiere?

POLV. ¿Ustedes puen decirme si ha venío mi ama?

SOR RE. ¿Su ama? No, señor.

POLV. ¿Que no ha venío?

SOR RE. Hasta ahora, no.

POLV. ¿Que no ha venío mi señorita Gloria?

SALOM. No le hemos dicho que no.

POLV. ¡Ay Polvorilla!... ¡Polvorilla!... ¡Si lo estaba viendo!

SOR RE. ¿Pero quiere decirnos de una vez lo que le ocurre?

POLV. ¡Ojalá pudiera! Pero hay cosas que le dan a uno yo no sé dónde, y le dejan a uno yo no sé cómo. ¿Me han entendío ustés?

SOR RE. No, señor.

SALOM. De ningún modo.

POLV. Que, o mucho me equivoco, o habemos tenío tragedia.

SALOM. ¿Tragedia?

POLV. Y too por culpa de mi señorita, que es una mujer mu díscola, que no tié miedo a naa ni se preocupa por naa, y lo mismo le da morir con los zapatos puestos que aplastá por un armario de luna. (*Salomón, cada vez que oye una frase extravagante y erudita de Polvorilla, no puede dominar la envidia que experimenta, ni disimular la emoción que le produce.*)

SOR RE. ¡Qué atrocidad!

POLV. Como lo digo: hay mujeres pérfidas, antipodas y caprichonderas, y mi señorita es de las antipodas. ¡Mardita sea...!

SALOM. (*Indignado, como Sor Resignación, al oír maldecir a Polvorilla.*) Haga el favor de no maldecir aquí.

POLV. Osté perdone, y perdone también la madre; pero es que yo tengo este pronto que me da de pronto, que si me durara, ni el terremoto de la Martingala.

SALOM. ¡Es pa matarlo!

POLV. Bueno: la jaca se la han matao por lo pronto.

SOR RE. ¿Es posible?

POLV. La he visto yo en mitá de la carretera. ¡Y miren que se lo dije, y miren que supliqué, y miren que con este talento que Dios me ha dao le eché el intríngulis y le adiviné el destino. Pero ella, que es indígena, dijo que tenía que seguí la broma viajando a caballo con sus amigos y amigas, y como si se tratara de una fiesta, echaron p'alante y... En fin, me abrocharé y será lo mejor.

SOR RE. ¡Dios santo!

SALOM. ¡Cascabel, que vendría con ella!

POLV. Con ella venía, y por ella se ha metío en un fregao con un toro de sinco años, que es el que se ha cargao a la jaca... ¡Y Dios quiera que tanta valentía no sea la perdisión de ese chiquillo!

SOR RE. ¡Su perdición! ¿Pero qué dice?

SALOM. ¿Qué está osté disiendo?

POLV. Que hase varios días que er chavá mariposea deslumbrao por los soles de mi señorita, que son de mucha potensia para un inserto tan tiernesillo.

SOR RE. ¿Pero está usted seguro de lo que dice?

POLV. ¡No he de estarlo, señora; si soy er sentinela de ese cuarté!... En fin, voy a ver si descubro algo más.

SOR RE. ¿Y vendrá usted en seguida a comunicárnoslo?

POLV. Más ligero que una flecha.

SOR RE. *(Se oye la campanita de la iglesia.)* ¡Silencio! ¡Llaman a coro! Voy a la iglesia.

POLV. *(Que al escuchar la campana se levanta emocionado y sobrecogido.)* ¡Vaya la madre con Dios!

SOR RE. *(Cerca de la puerta del fondo dice a Salomón.)* Haga el favor de avisarme cuando sepa algo, tanto por interés de la señorita como por el pobre Cascabel. *(Hace mutis por la puerta del foro.)*

SALOM. ¡Ya ha visto osté nuestra tristeza!

POLV. Y no me extraña, porque es el destino de mi señorita el dejá por donde va lágrimas, tristezas y pesaombres. Es una mujé mu guapa, pero tié la negra.

SALOM. ¿Osté lo cree?

POLV. Y no es que sea mala, no, señó; pero tié esa cosa de hasé daño por toas partes. Yo, que la trato desde hace tiempo y tengo mucha confianza, le doy güenos consejos; pero ella se abrocha y no me hace dengún caso.

SALOM. ¿Y es verdá lo que disen de ella?

POLV. Si se refiere usté a su vida y a sus milagros, no tengo más remedio que desir que sí. Y me da mucha pena tené que confesarlo; pero yo no sé mentí. Claro está que yo creo que le falta uno de los cuatro o cinco sentíos que tenemos casi toos, porque lo que hase no se le ocurre más que a una que esté guillá.

SALOM. ¡Tié osté rasón!

POLV. Pues ahí la tié osté gastándose la fortuna que la dejó un tío mu rico que murió el año pasao. Es una mujé que no tié más que caprichos, y lo mesmo se entusiasma con el convento y lo hace de nuevo, aunque se arruine, que le da por salí a cazá grillos con dinamita.

SALOM. ¡Qué atrosidá! Bueno; pues yo le pido a osté que vaya, por lo que más quiera, a enterarse de lo que ha pasao.

POLV. ¡Tié osté rasón, y cuando un hombre o jardinero tié rasón, es porque la tié. Voy que volando.

SALOM. No sabe lo que le agradeseremos que nos diga lo que ocurra.

POLV. No me diga más na.

SALOM. (*Que le acompaña hasta la puerta.*) Pase, pase osté, amigo.

POLV. ¿Que pase yo? Créame osté que lo hago porque tengo mucha prisa. Mucha, que

si no... Vaya, quee osté con la Virgen. (*Se marcha muy despacio.*)

SALOM. (*Viendo a Polvorilla.*) ¡Y dise que tié prisa y apenas mueve los pies! ¡Cuando digo yo que es un mala sombra! Es pa morirse de impasiensia. (*Cuando más atento está el noble Salomón, llega* SOLEDAD *por la izquierda, segundo término. Soledad es la hija del jardinero y una chica encantadora.*)

SOL. (*Sale de la casita. A su padre.*) Buenos días, padre. ¿Iba usté a salir?

SALOM. Ni lo sé siquiera.

SOL. ¿Es que le pasa a usté algo?

SALOM. A mí no me pasa naa; pero al convento pué que le pase mucho.

SOL. ¿Al convento?

SALOM. Y a nosotros.

SOL. ¿A nosotros?

SALOM. Me refiero a Cascabel.

SOL. ¿Es que le ha pasao algo?

SALOM. A él, no sé; pero sí a la señorita que estábamos aguardando, y como con ella vendría seguramente Cascabel..., figúrate, Soledá.

SOL. Me lo daba el corasón. Desde que supe que venía esa señorita, no sé lo que me figuré. Me paresió que iba a ser funesta pa el convento, y ya ve cómo no me equivocao.

SALOM. ¿Y qué sabes toavía?

SOL. Ya sabrémos mucho, y veremos a costa de nuestras penas too lo que temo.

SALOM. ¿Pero tú que es lo que crees?

SOL. Too lo del mundo. Conosco a Cascabel, y sé que está lleno de locuras y ambisiones,

y que siempre está soñando con cosas grandes y novelerías.

SALOM. ¿Y qué novela puede haber aquí?

SOL. Una de las muchas que él lleva en su cabesa y lo tienen como loco. Todos los libros que lee, y yo también he leído; todos esos libros hablan de aventuras, de amores, de cosas extraordinarias, y el pobre Cascabel, desde que fué al pueblo de al lao y vió a esa señorita, está tan cambiao que ni yo misma le conosco.

SALOM. ¡Cállate! (*Mirando hacia la derecha.*)

SOL. ¿Por qué?

SALOM. Porque viene Cascabel.

SOL. ¡Grasias, Dios mío!...

SALOM. (*Saliendo a su encuentro.*) ¡Cascabel!

SOL. (*Aparte.*) ¡La Virgen le salvó! (*Salomón se adelanta a recibir a* CASCABEL, *que llega por la derecha.*)

CASC. (*Jadeante, mirando a todas partes.*) He llegao antes que ella...

SALOM. Pero...

SOL. ¿Qué te pasó?

CASC. (*Como si despertara de un sueño.*) No lo sé. (*Hay una pausa. Soledad y Salomón contemplan a Cascabel, que es un joven de unos diez y ocho años. Lleva la ropa destrozada. Con una de sus manos oprime un ramo de flores. En todos sus ademanes y gestos reflejará la honda emoción que le domina.*)

SOL. (*Aparte.*) ¡Dios mío!

SALOM. Habla de una vez.

CASC. Paecía que no iba a llegá nunca. Pero no me miren con ese espanto. No me ha pasao naa y no es pa asustase tampoco

que llegue el sol al alma de un hombre, como me ha ocurrío a mí.

SALOM. ¿Y ese destroso, Cascabel?

CASC. El Lucero, que me ha hecho ver las estrellas.

SALOM. (*Fijándose en las flores que trae Cascabel.*) ¿Y esas flores?...

CASC. De la señorita.

SALOM. ¿De la señorita Gloria?

CASC. De la misma, que ya viene p'acá. Jugándome la vida las recogí. Quería ponerlas en el altar de la Virgen; pero es mejor que se las devuelva a ella, que a mí me ha paresío otra virgen por lo bonita, por lo buena, por lo guapa y por lo agradesía.

SOL. ¿Y hablas con esa tranquilidá cuando confiesas que te has jugao la vida?

CASC. ¿Y de qué vale mi vida si no me sirve pa lo que quiero? (*Se oyen voces de gente que se aproxima.*) ¡Ellos!

SALOM. ¿Quiénes?

CASC. La señorita y sus amigos.

SALOM. (*Las voces redoblan sus aclamaciones. Mirando por la derecha.*) Es verdá.

CASC. Yo me voy. No quiero volverla a ver. Aquí tié osté su ramo. Déselo osté en nombre mió, pa que sepa...; no sé lo que iba a desí. Déselo osté, padre; que yo no me atrevo a verla. No me atrevo, no. No me atrevo, ¡ea!... (*Hace mutis por la izquierda, segundo término.*)

SALOM. (*Cogiendo el ramo y dirigiéndose a Soledad.*) ¿Qué te parece?

SOL. Lo que yo le dije. (*Caminando hacia la casita.*) Y aquí se queda usté solo. Yo tampoco quiero verla. Recíbala usté, si

es que tiene palabras para hablar con ella.

SALOM. Pero hija mía...

SOL. Tampoco me atrevo a verla; no me atrevo, no. (*Hace mutis, penetrando en la casita. Llegan* GLORIA, BLANCA, LUISA, CARLOS, ZENÓN *y* JOAQUÍN, *seguidos de la harapienta chiquillería del lugar. En sitio preferente se ve a* PERICO, *que es un zagalón.*)

PER. ¡Viva la señorita!

TODOS. ¡Viva!

CARL. (*Dándoles dinero.*) Tomad, tomad.

SALOM. ¡Pronto! ¡Salid de aquí!

PER. Güeno. Vámonos. Y muchas gracias. (*Empiezan a desfilar, colocándose los personajes de modo que se destaque Gloria, que es una mujer guapísima y distinguida, que viste a la usanza andaluza el traje típico de amazona. Se apoya en Blanca y camina trabajosamente. Blanca y Luisa visten también de amazonas. La primera, como Gloria, y Luisa, más bien a la moda inglesa.*)

SALOM. Señorita.

GLOR. Ya no podía más.

BLANCA. He creído morir de espanto.

LUISA. ¡Qué susto tan grande!

SALOM. (*Reverente y grande.*) Sean bien venidos a esta santa casa, donde les aguardamos con ansiedad.

GLOR. Muchas gracias.

SALOM. Voy a avisar a la Superiora.

GLOR. No la moleste tan pronto, pues quiero y necesito descansar.

SALOM. Como usté me mande.

ZENÓN. (*Que ostenta unas melenas y se halla en el grupo que forman con él Carlos y Joaquín. Dirigiéndose a Gloria.*) ¿Estás ya más tranquila?

GLOR. Sí.

SALOM. ¿Es que está osté enferma?

ZENÓN. (*Interrumpiendo.*) Asustada; terriblemente asustada.

BLANCA. Como todas. ¿No es verdad, Luisa?

LUISA. No sé cómo pudimos llegar.

JOAQ. ¡Las ocurrencias de Gloria!

SALOM. Ya sabemos que ha corrío un serio peligro.

ZENÓN. Y tan serio, señor..., señor... ¿Cuál es su nombre?

SALOM. Salomón.

ZENÓN. Muy señor mío.

SALOM. Servidó de osté; pero dígame la señorita lo que ha pasao..

GLOR. ¡Una cosa horrible! Veníamos a caballo, pues no quisimos hacer el viaje en automóvil, y al llegar a no sé qué paraje, un toro desmandado nos acometió. Mis amigos, más serenos o más afortunados, lograron huir; pero yo quedé en medio del campo con mi enloquecida jaca, que no tardó en ser alcanzada por la fiera.

SALOM. ¡La hecatombe!

GLOR. A punto de perecer, pedí un milagro, y el milagro lo hizo un muchacho que, saliendo no sé de dónde, se acercó a mí, y quitándose la chaquetilla, consiguió llevarse al toro, mientras yo, temblando, lo veía perderse entre unos matorrales engañando y dominando a la fiera.

BLANCA. ¡Qué susto el nuestro!

GLOR. Pasados unos momentos, volví a ver a mi salvador. Llevaba en sus manos mi ramo de flores, y sonreía al ofrecérmelo. «¿Quién eres?», le pregunté admirada y agradecida. «Nadie», replicó. «¿Pero algún nombre tendrás?», le dije. «El que quiá osté.» «Eso no es posible», añadí. Y entonces el héroe, porque lo es, me dijo tristemente: «Soy el niño de las monjas.» (*Pausa.*) «Pide lo que quieras», le ordené, y el chico, casi temblando, me pidió el ramo de flores. Se lo dí. Llegaron éstos. Se alejó de nosotros el valiente; pero yo sabía que venía siguiéndonos, y ni siquiera tenía miedo, porque por primera vez en mi vida había encontrado a un hombre decidido y temerario.

SALOM. (*Emocionado, pero orgulloso.*) ¡Ese es Cascabel!

GLOR. ¿Le conoce usted?

SALOM. Mucho.

GLOR. ¿Es su hijo, acaso?

SALOM. ¿Cómo ha de serlo, si es mi padre?

GLOR. ¿Su padre?

SALOM. El que me ha ilustrao, y si no me ha enseñao latín es porque yo no he querío.

GLOR. ¿Cómo?

SALOM. Lo que le digo. Por lo demás, Cascabel no es hijo de nadie. Muchos lo llaman *El Niño de las Monjas*. Pero yo no quiero que lo llamen así, y apodo por apodo, lo he cambiao por otro que habla de su madre.

BLANCA. ¿Pero se sabe quién es su madre?

ZENÓN. (*Aparte.*) Salomón es un imbécil.

BLANCA. ¿No ha dicho usted que ese joven no es hijo de nadie?

SALOM. Sí, señora.

ZENÓN ¿Cómo dice entonces que usted conoce a su madre?

SALOM. Porque la conozco.

JOAQ. No lo entiendo.

LUISA. Ni nosotras.

SALOM. Quiero referirme a la cabra del convento. (*Murmullo de regocijo.*) Sí, señores. Y yo he decidío que llamen al muchacho Cascabé, porque llamándose *Campanilla* la cabra, es natural que toos sepan que ese Cascabé es hijo de una *Campanilla*.

ZENÓN. ¡Definitivo!

CARL. ¡Increíble!

BLANCA. ¡Maravilloso!

GLOR. ¿Y usted cree que le habrá ocurrido algo?

SALOM. No, señora. Ahora mismo me ha dejao este ramo pa usté.

GLOR. (*Cogiéndolo. A sus amigos.*) ¿Qué os parece?

SALOM. Voy con su permiso a decir a la Superiora que están ustés aquí. ¿Quién algo más?

GLOR. Nada. Muchas gracias.

SALOM. Pues servidó y jardinero. Queen ustés con Dios. (*Caminando hacia la iglesia.*) (¡Guapa sí que es!) A mandá. (*Hace mutis por el sitio citado.*)

CARL. Ya estamos aquí en pleno folletín andaluz, como quería Gloria.

BLANCA. No la atormentemos con reflexiones, porque hay que ver cómo está la pobre.

GLOR. Como que no puedo explicarme cómo he tenido fuerzas para llegar a este convento.

CARL. ¡No vayas a ser supersticiosa y a tomar lo sucedido como un presagio de mal agüero!

GLOR. ¡Quién sabe, Carlos!... Pero no nos afli-

jamos. ¿Sabéis lo que he pensado después de oír lo que ha dicho el jardinero?

CARL. Alguna cosa fantástica, seguramente.

GLOR. Fantástica o no, he decidido hacer la felicidad de ese muchacho, al que le debo la vida.

CARL. ¿Cascabel?

GLOR El mismo.

CARL. Es una cosa estupenda.

GLOR. Haré por él todo cuanto pueda.

BLANCA. Ese Cascabel, ¿no es el que hemos visto muchas veces siguiéndote a distancia en tus paseos?

GLOR. Y el mismo que, respetándome como a una diosa, siempre que me ha visto cerca ha querido esconderse.

BLANCA. Menos hoy, que ya vimos lo que hizo.

GLOR. Razón de más para demostrarle mi admiración y mi gratitud.

ZENÓN. Perdonad que os interrumpa; pero ya que hemos venido, yo quisiera ver las estatuas de Alonso Cano que hay en el trascoro.

LUISA. Y yo también.

BLANCA. (*A Gloria.*) ¿No nos acompañas?

GLOR. No. Estoy muy fatigada y espero a Polvorilla para darle algunas órdenes.

CARL. Lo que quiere Gloria es saborear a solas este episodio romántico.

ZENÓN. Vámonos. Yo conozco esto. Veréis las sorpresas que nos ofrece el convento. (*A Gloria.*) Tu convento.

BLANCA. Vamos, vamos. (*A Gloria.*) ¿No nos necesitas?

GLOR. No.

BLANCA. Pues hasta ahora mismo.

CARL. (*A Gloria.*) Ya sabes dónde estamos.

GLOR. Ya.

CARL. (*Caminando con Blanca hacia el foro derecha, por donde hacen mutis. Refiriéndose a Gloria.*) ¡Cada vez está más loca! (*Mutis.*)

GLOR. (*Rendida y abatidísima cae sobre una de las sillas que hay en escena.*) ¡Mi ramo de flores!... ¡El ramo que yo traía! (*Aparece* POLVORILLA *por la derecha.*)

POLV. (*Viendola.*) ¡Al fin!... (*Mirándola.*) Güen susto habrá osté pasao. Y no es pa menos... Me he enterao de too, y comprendo su paroxismo.

GLOR. Yo me he salvado por un milagro.

POLV. Ya lo sé. Y ya sé también que un muchachuelo de acá ha sío quien la ha salvao. Claro está que osté le pagará mu bien...

GLOR. ¿Qué quieres decir?

POLV. Que osté, amos, que... ¡no podrá quejarse el chiquillo!

GLOR. Es un joven muy valiente, que merece mi protección.

POLV. Me abrocho y lo comprendo; pero hay cosas que alborotan el alfabeto del juicio, y osté me entiende.

GLOR. Ahora, no.

POLV. Bueno, lo esenciá es que osté está bien, y no ha pasao una tragedia, y ha llegao al convento, aunque no está bien que haya venío con este bullicio ni con esas gentes que se tiñen las pestañas y se pintan hasta el sielo de la boca; sí, hasta el sielo de la boca.

GLOR. ¿Y tú qué sabes?

POLV. Miosté, señorita: ¿Quiere osté creerme que

al sabé que venía osté pa el convento yo me alegré mucho pensando que aquí pensaría osté de otro modo?

GLOR. ¿De qué modo, Polvorilla?

POLV. Más seriamente, señorita Gloria.

GLOR. ¿Y a qué llamas seriedad?

POLV. A que yo creo que pa vivir en España, en Algeciras y en Almería, no hace falta ser tan caprichondera y tan matritense... Viví seriamente es no tratarse con cupleteras ni gente de pelo largo, y no tomá too a risa, y no echarse el mundo a la espalda, sino viví como manda Dios. ¡Osté perdone que me incruste en su raciocinio y le dé güenos consejos; pero es que tengo este genio tan arbitrario que no pueo remediarlo!

GLOR. ¡Estás perdonado; pero no pretendas conocerme nunca.

POLV. ¿Tan difísil es?

GLOR. Más de lo que te figuras.

POLV. Entonses, no digo na.

GLOR. Tan incomprensible soy que aquí me tienes discutiendo contigo como si tú pudieras entenderme. ¡Dichoso tú que para tu tranquilidad no pensarás nunca como yo pienso!

POLV. Es que yo soy un oriundo, y claro, ve uno las cosas de otra manera.

GLOR. Bueno, dispón que lleven los caballos adonde sea, y gratifica al guía como te parezca.

POLV. ¿Na más que eso?

GLOR. Nada más.

POLV. Pues hasta ahora mesmo. Yo me pinto solo pa los mandaos. ¡Ah! Cuando vuelva,

a vé si veo a ese muchacho tan valeroso que la ha salvao. Le daré los siete vítores y los siete abrazos. (*Mirando hacia la izquierda.*) Pero... mielo osté. Ese mesmo debe ser.

GLOR. Razón de más para que no te vea. Anda, Polvorilla.

POLV. (*Aparte.*) Quié quedarse sola. (*Alto.*) Voy que volando. (*Aparte.*) Cuando digo que es antípoda. (*Alto.*) ¡Ea, pues con Dios! (*Mutis por la derecha.*)

GLOR. (*Mirando hacia la izquierda, segundo término.*) Sí, él. No me he engañado. (*A Cascabel, que todavía no ha llegado a escena.*) Pase, pase usted. (*Entra* CASCABEL *por dicho lateral, receloso y avergonzado.*)

CASC. Señorita...

GLOR. Parece que no quería usted entrar.

CASC. Es verdá. No sé mentí. Yo me resistía a vení; pero Salomón me dijo que la atendiera, y aunque con muchísimo reparo, le he obedecío.

GLOR. ¿Reparo?

CASC. Temó.

GLOR. No es lógico que quien tanto valor tiene se asuste al verse ante una débil mujer que le debe la vida. Porque yo se la debo a usted.

CASC. No recuerde eso.

GLOR ¿Cómo no, si nunca olvidaré su conducta heroica?

CASC. ¡No ha tenío importansia!

GLOR. ¿Y cómo le pagaré lo que hizo por salvarme?

CASC. (*Al principio trabajosamente y luego creciéndose.*) No pensando más en lo que ha

pasao. Yo la vi en peligro a osté y no tuve otra idea que la de salvarla.

GLOR. Pero exponiendo su vida.

CASC. Tantas veses me la jugué sin motivo, que bien valía la pena de darla alguna vez con razón y fundamento. Sobre todo, por osté.

GLOR. ¡Y cómo está por mi culpa!

CASC. ¿Se refiere osté a que estoy lleno de polvo?

GLOR. Y a que expuso su existencia por salvarme. Para una mujer agradecida, la mejor prenda que puede llevar un hombre es su corazón. Y tú lo tienes, Cascabel, y me vas a perdonar que te tutee, ¿no es así?

CASC. Y con too mi corasón. ¿Pero sabe osté mi nombre?

GLOR. El jardinero me contó la historia del *Niño de las Monjas*, una historia que parece una novela, y escuchando al jardinero decidí convertirme en tu protectora, si es que al bravo Cascabel no le molesta que yo sea quien le proteja.

CASC. Ni piense ni diga eso. Viendo que al hablá así es que osté quiere pagarme, no sé que me pasa ni lo que siento.

GLOR. Es que creo que todo ese valor que hay en ti no debe quedar aquí escondido.

CASC. ¿Y qué me importa a mí naa del mundo?

GLOR. Mucho, porque en el mundo ha de ser donde brilles y triunfes.

CASC. ¿De verdá, señorita Gloria?

GLOR. Como te lo digo.

CASC. ¿Usted lo cree?

GLOR. Con todo mi corazón.

CASC. ¿Y yo valdré pa viví lejos de aquí?

GLOR. Más que muchos que sin tu valor lo han conseguido.

CASC. Y si me fuera de aquí, ¿estaría cerca de osté?

GLOR. Alentado por mí si te parece.

CASC. Si es así, con toa mi alma, porque ahora veo lo que es la vida, toa la vida, toa.

GLOR. ¿Y antes no la viste?

CASC. No.

GLOR. ¿Y no será porque, deslumbrado, crees verla en esta mujer fatal, que sólo dolores produjo siempre?

CASC. No diga osté eso; por más que, aunque fuera así, ¡bendito sea el doló que por osté venga!

GLOR. ¡Calla, Cascabel, y no pienses más que en cambiar tu existencia tan por completo, que seas otro distinto de lo que has sido! Tienes que salir de aquí.

CASC. ¡Haré lo que osté me diga!

GLOR. Y tienes que dejar esto con voluntad y decisión de ser fuerte y grande, no para ti, sino para ellos, para los mismos que te ampararon y recogieron, y también para mí, que, siendo tu protectora, tendré algo de tu gloria. El que, como tú, vence a las fieras en el campo, puede hacerlo allí ante miles de personas que lo aplaudan. Y el aplauso es oro, es amor y es vida.

CASC. (*Emocionadísimo.*) ¡Qué bien habla usted! Yo no la entiendo del too, y creo que tié osté razón. Cosas de libros parecen sus palabras. ¡Siga osté mirándome con esa compasión que veo en sus ojos!... Ende hoy comprendo que mi vida tié un objeto: acercarme a osté y vivir pendiente de lo que me diga...

GLOR. (*Aparte.*) ¡Qué corazón. (*Alto.*) Si tienes ambiciones, aquí me tienes dispuesta a ser para ti lo que mereces.

BLANCA. (*Dentro.*) ¡Gloria, Gloria!...

GLOR. Me llaman... Adiós, Cascabel... Y cuento con tu palabra.

CASC. ¿Con mi palabra?

GLOR. (*Deteniéndose antes de hacer mutis.*) ¿Acaso no?

CASC. Con mi palabra solamente, no. Cuente osté con too mi corasón, con too.

GLOR. Pues en ti confío. (*Mutis por el foro derecha.*)

CASC. Es el destino y es la fortuna, y siento que se lleva toa mi alma. (*Llegándose a la casita.*) ¡Soledá!... ¡Soledá!... (*Vuelve al centro de la escena.*) ¡Cómo va a alegrarse cuando se lo diga!... (*Sale* SOLEDAD *por la casita.*)

SOL. ¿Me llamabas?

CASC. Ven, Soledá; ven, hermana mía.

SOL. ¿Qué te pasa, que pareces loco?

CASC. ¡Y loco estoy, pero de alegría!

SOL. ¿Por qué, si es que yo puedo saberlo?

CASC. Porque mi vida va a cambiar de tal manera, que va a borrarse mi negro y triste pasao.

SOL. ¿Y cómo va a cambiar?

CASC. Yéndome de aquí.

SOL. ¿De nuestro lado?

CASC. De aquí, de este convento, donde tan buenos fueron conmigo, pero donde me falta lo que yo sé que hay en otras tierras y yo necesito pa viví y sé dichoso, y también pa pagaros too lo que conmigo hicisteis.

SOL. ¿Y adónde quieres marcharte?

CASC. Al mundo, donde cogerán mis sueños y mis ambiciones, y donde yo podré hacer la felisidá de todos, empezando por la tuya.

SOL. ¿Y tú sabes cuál es mi felicidad?

CASC. La de todas las muchachas. Yo trabajaré, yo lucharé. Auxiliao por la suerte, yo seré rico, y entonses tú, mi compañera de siempre, mi hermana de corasón, podrás casarte y serás dichosa.

SOL. ¿Y quién te ha dicho que yo pienso casarme?

CASC. No te casarás aquí, donde tu educación te hace superior a todos; pero a mi lado, cuando yo sea alguien, y tú, mi hermana, vivas conmigo, ¿cómo no has de encontrar un cariño que te haga feliz?

SOL. No encontrándolo jamás, porque yo tampoco me iré de aquí.

CASC. ¿Ni aunque yo te llame?

SOL. Tampoco, porque cuando tú me llames de corasón, si es que vivo, será cuando vuelvas al convento, a este convento que quieres abandonar, pero donde yo estaré esperando siempre..., siempre...

CASC. ¿Por qué lloras?

SOL. Penas de muchacha..., dolor de hermana... No lo sé.

CASC. No seas tonta. Cuando yo sea rico te compraré joyas de todas clases.

SOL. Y yo te las agradeceré tanto, que se las regalaré a la Virgen de la Consolación.

CASC. Es que la Virgen también la alhajaré yo.

SOL. Entonces seremos dos a engalanarla y vestirla.

CASC. ¿Es que no querrás na mío?

SOL. ¿Y por qué no, Cascabel? ¡Pero, qué tontos! Hablamos del porvenir cuando no sabemos sino que ese que buscas es el que te aleja de nuestro lado, aunque no te borre de nuestro corazón.

CASC. ¡Vamos, Soledá! No tengas penas, aunque yo también me aflijo al verte como te veo. Has sío mu güena pa mí; pero había de llegá la hora de separarnos. No te aflijas.

SOL. Ni tú al verme así. No me hagas caso... Pero es por ella, ¿no?

CASC. Sí; por la señorita Gloria.

SOL. Y es que te atrae mucho, ¿no es verdá?

CASC. Verdá.

SOL. ¿Y no te detiene nada, ni pienas en el dolor que al irte nos causarás?

CASC. Pienso en too, pero no puedo hacer otra cosa.

SOL. Te comprendo, Cascabel. No debo decirte naa; sigue tu destino; síguelo sin miedo.

CASC. (*Aflugidísimo también.*) ¡Miren que llorar ahora!... ¡Mira que apenarse cuando todo nos sonríe!... ¡Voy a verla, a mirarla nuevamente para que me dé valor! Y tú no sufras, no te apenes... Mírame a mí... Voy a que me dé valor, porque me hace mucha falta..., mucha. (*Mutis por el foro derecha.*)

SOL. (*Sola y apenadísima.*) ¡Cuánto la quiere! ¡Mi corazón no me engañaba! ¡Pobre Cascabel!... ¡Pobres de nosotros! (*Cae en una de las sillas, hecha un mar de lágrimas, en ocasión que sale* SOR RESIGNACIÓN *del convento. La Superiora corre a su lado extrañada de aquella gran emoción.*)

SOR RE. ¡Soledad..., hija mía! ¿Qué te sucede?

SOL. ¡Se va, se va para siempre!

SOR RE. ¿Quién? ¿Quién se va?

SOL. El; Cascabel.

SOR RE. (*Con un gemido.*) ¿El?

SOL. Se irá con ella; con la señorita Gloria, que ha venío a robárnoslo.

SOR RE. ¿Con ella?

SOL. ¡Madre!

SOR RE. (*Con una indescriptible emoción.*) ¡Hágase la voluntad del Señor! El mundo, que lo trajo, se lleva a Cascabel de nuestro lado. (*Sin poderse contener, y ahogada por el llanto.*) Pero no te aflijas. ¿No me ves a mí? Llorar por las cosas materiales es pecado... Resignación... Conformidad... Valor... Mucho valor...

SOL. ¡Madre de mi alma! (*Las dos lloran abrazadas, mientras desciende el telón y se ve asomar por la derecha a* POLVORILLA.)

POLV. (*Que rápidamente se da cuenta de lo que sucede viendo el dolor de Sor Resignación y Soledad.*) ¡Lágrimas, penas! Ya han caío en el convento las plagas de Egipto. ¡Ya está aquí mi señorita!

TELON

# ACTO SEGUNDO

El mismo lugar de acción del primer acto; pero con grandes y visibles modificaciones en el jardín, y en la casita de la izquierda, y en la fachada del convento, que ya no es una pared ruinosa y ocre, sino un recio muro muy blanco. La torre, que en el acto anterior aparecía sin campana, ya muestra uaa muy coquetona y bruñida. Todo es alegría en el jardín de las monjas, y hasta las flores lo parecen más. Es también de día (1).

*Al elevarse el telón aparecen en escena* SOR RESIGNACION *y* SALOMON. *El jardinero está leyendo un periódico de toros.*

SOR RE. *(Interrumpiéndole.)* Pero si eso es increíble.

SALOM. (*Subrayando el comentario.*) Y extraordinario. ¡Verse así en letras de molde!

SOR RE. ¡Qué emoción, Dios mío! ¡Qué emoción! Es increíble lo que de Cascabel dice *El Debate*. ¿Quién firma esa crítica?

SALOM. ¿Quién ha de ser sino el *as* de los revisteros? Don Pío, que es la suprema autoridad taurina y el que define mejor lo que es la escuela rondeña.

SOR RE. Ahora me lo explico todo. Pero déme ese santo periódico. Haga el favor. (*Salomón obedece y Sor Resignación se pone a leer.*) «Ya está aquí el verdadero astro rey de

(1) Las compañías de provincias pueden emplear el mismo decorado del anterior.

la tauromaquia. Desde el primer día que lo vimos formamos esta opinión y no hay quien pueda dudar de que *El Niño de las Monjas* es el fenómeno de los fenómenos, ya que en nuestra Catedral está toreando como los ángeles.» (*Enternecida, derretida, hecha un mar de lágrimas.*) ¡Como los ángeles, Salomón!

SALOM. ¡Qué orgullo pa toos nosotros!

SOR RE. (*Siguiendo la lectura.*) «Ya apareció el amo, o sea, para decirlo de una vez, el mejor torero de la cristiandad.» ¡Jesús!

SALOM. Superiorísimo.

SOR RE. ¡Con cuánta razón dice el Padre Froilán que los sacerdotes van a los toros! Y lo que dice el Padre Froilán, que además de santo es nuestro confesor, no podemos ponerlo en duda.

SALOM. Naturalmente.

SOR RE. Es más, dice que el arte de los toros...

SALOM. Vino del cielo, ¿no?

SOR RE. Eso no lo dice el Padre Froilán.

SALOM. Pero lo digo yo, que lo vengo oyendo des de antes de entrar en quintas. Pero siga osté leyendo.

SOR RE. Veamos. (*Leyendo.*) «No somos apasionados ni mucho menos.»

SALOM. Eso es mu verdá.

SOR RE. «Pero como dijo *El Tato.*» (*A Salomón.*) ¿*El Tato*?

SALOM. (*Definiendo el dogma taurino.*) *El Tato* que ha sido un gran sabio.

SOR RE. «Pero, como dijo *El Tato*, el toreo verdad va a misa.»

SALOM. ¡Y olé!

SOR RE. «Y toreo *chipén* es el de *El Niño de las*

*Monjas*; torero de los de más valor que hemos conocido, y diestro que va camino de ser Papa.» ¿Papa?

SALOM. ¡Pontífise!

SOR RE. Papa. ¡Qué gloria para el convento!

SALOM. ¿Dice algo más?

SOR RE. ¡Ey Carballeira!...

SALOM. ¡Ese latín es lo que nunca entiendo de este sabio! ¿Y sabe lo que le digo? Que yo no pueo resistir más y voy a que lo sepa su madre.

SOR RE. ¿Cómo?

SALOM. Que no pueo más. (*Caminando hacia la izquierda.*) ¡Campanilla! ¡Tu hijo va a ser Papa!

SOR RE. ¡Salomón!

SALOM. Osté perdone, pero estoy loco, y no sé lo que me digo ni lo que me hago.

SOR RE. Lo mismo que yo. Y es que la cosa no es para menos, porque se trata de un héroe, del bravo y noble Cascabel, que hemos criado en el convento y hoy toma su alternativa en Madrid para mayor gloria de este apartado rincón del mundo, donde se crió.

SALOM. Aonde se crió y aonde aprendió a toreá, como saben toos.

SOR RE. ¿Que aquí aprendió a torear?

SALOM. Sí, señora.

SOR RE. No recuerdo quién lo enseñó.

SALOM. Yo sí, y m'acuerdo que dende muy chiquitillo comensó a tené vocasión taurina y a ser tan afisionao, que toreaba a su madre: a la cabra del convento.

SOR RE. ¿Y cómo no nos dijo usted nunca nada?

SALOM. Por si acaso no le gustaba a la Superiora.

Pero a mí me paece que lo veo con su baberillo hacer así, y así, y así *(Marcándose unos lances de capa)*, mientras que la Campanilla le embestía, pero con to su cariño, como diciéndole: «Aprende, hijo mío, aprende, que por algo soy tu madre y está bien que te enseñe.»

SOR RE. ¡Qué prodigio!

SALOM. Y había que ver a los dos cuando caían rendíos después de aquellas lersiones. Por aquellos días era cuando yo le llevaba al convento dormío en mis brazos de puro cansancio.

SOR RE. Es conmovedor lo que usted me dice.

SALOM. Yo recuerdo to, y estoy escribiendo su historia con estos detalles que tanto importarán a la humanidad cuando Cascabel llegue a ser lo que veremos si Dios nos da fuerzas para no morirnos de alegría.

SOR RE. Nuestras alegrías y satisfacciones han sido tantas, que yo creo que el Señor nos va a castigar.

SALOM. ¿Por qué?

SOR RE. Por haber apartado nuestro pensamiento de las cosas celestiales para ponerle en el siglo. Una servidora misma, ¿no ha dejado sus meditaciones para leer todo cuanto habla de Cascabel? ¡Y es que me produce tanto júbilo lo que dicen estos periódicos de *El Niño de las Monjas!*...

SALOM. Es que es mucha ciencia la de los toros, reverenda madre. Ya ve osté cómo será, que ¿aónde se ha visto a los monos sabios más que en el toreo?

SOR RE. Tiene razón. (*Pausa.*)

SALOM. ¿Han ensendío el altar?

SOR RE. Todos los dias arden las luces de la Santísima Virgen, como hacemos siempr que arriesga su vida el pobre.

SALOM. Mu bien.

SOR RE. Cuando sea la hora, Salomón, debe ir a casa del padre Froilán a recoger el telegrama de Cascabel. (*Llega* CECILIA *por la izquierda, segundo término. Trae muchas flores.*)

CEC. Reverenda madre, ¿tiene usted visita?

SOR RE. No. Es el jardinero. (*A Salomón.*) Apártese. (*Salomón obedece.*) ¿Qué desea la hermana?

CEC. Pedirle perdón por haber llegado tarde al coro.

SOR RE. ¿Y por qué, Cecilia?

CEC. Por haberme entretenido viendo a las palomas del convento en su tarea de formar los nidos.

SOR RE. ¿Sí?

CEC. Distracción mundana me pareció, pues mi pensamiento, volando como otra paloma, se preguntaba que para qué hacen los nidos. ¿He de confesar mi falta como un pecado?

SOR RE. Creo que no, Cecilia. Las palomas son un recuerdo del Espíritu Santo, y amar todo lo existente es una consecuencia del amor a Dios.

CEC. ¡Bendito sea el Señor que así la inspira! Sus palabas calman mis remordimientos y mi conciencia. Ahora, si la madre lo permite, voy a colocar en el altar de la Santísima Virgen estas flores que he cogido y ofreceré en nombre de todas a

nuestra celestial Patrona. ¿Me lo permite la madre?

SOR RE. No solamente se lo permito, sino que iré con la hermana a pedir perdón. Yo tam bién me distraigo pensando constantemente en Cascabel. (*A Salomón.*) No olvide mi encargo, Salomón.

SALOM. Descuide la Superiora. (*Hacen mutis por el fondo.*)

SALOM. (*Solo.*) ¿Por qué no le habré pedío el periódico pa aprendérmelo de memoria? Pero luego me lo dará si es que no se queda con él, como hace con too lo que habla de toros y trata de Cascabel. (*Se oye rumor de muchos que se aproximan. Salomón escucha y dice.*) ¿Qué será eso? (*Mirando.*) ¿Cómo? (*Y aparece por la derecha* PERICO, *el zagalón del primer acto. Este Perico es un muchacho tan torpe como atrevido.*)

PER. (*En la puerta, como dirigiendose a un grupo de mozalbetes que le esperan.*) Quedarsus ahí.

SALOM. ¡Perico!...

PER. Perico, no. *Porcelana.*

SALOM. ¿Porcelana? ¿Qué quie decir eso?

PER. Es el apodo que me he buscao pa mi oficio de picaó.

SALOM. Mu bien. Pero dime lo que quieres.

PER. ¿Lo digo yo, o lo disen esos que hay a la entrá?

SALOM. ¿Es que me vas a llená de chiquillos el jardín? Habla tú solo, si es que sabes, y habla pronto, que tengo priesa.

PER. Miosté, don Salomón: Nosotros queremos que le diga osté al señor maestro que

puesto que ayé fué domingo y mañana día de fiesta, no tuviéamos escuela hoy.

SALOM. ¿De manera que no queréis estudiá?

PER. Es que esta tarde es cuando Cascabé se hase torero de los de verdá, y queremos que sea fiesta pa nosotros y pa el pueblo.

SALOM. Siendo por Cascabé, lo vuestro es una cosa justa y es mu naturá que no haya escuela. Se lo diré al maestro, que no debe tardar, ya que, como sabes, es el organista del convento, y el hombre no tendrá más remedio que hacernos caso.

PER. Entonces voy a decírselo a esos pa que entren a da las gracias... Voy... Ya verá osté.

SALOM. (*Deteniéndole con ademán enérgico.*) De ningunísima manera. Aquí no entra nadie más, y tú ya estás estorbando.

PER. Pues me voy a estudiá pa picaó.

SALOM. ¿Qué dices, Perico?

PER. Que mis amigos se suben a los árboles pa cogé nidos y pa hasé ginasia, y yo me subo también; pero pa sé picaó. De moo y manera que pa estudiá toos los golpes, yo me dejo caé de los árboles más altos, y cuanto más daño me hago, más he aprendío.

SALOM. ¡Qué barbaridá!

PER. Ya estoy mu adelantao. No me falta más que aprendé a caé de cabesa y rompé con la frente er suelo. Pero lo romperé. Ya voy mu adelantao. (*Mutis por la derecha.*)

SALOM. ¡Vaya unos estudios los de ese bestia!... Cuando termine el bachillerato no va a tené esqueleto! (*Pausa.*) Güeno. Ya va llegando la hora de cumplir el encargo de la Superiora. (*Llega a la puerta de la casi-*

*ta.*) ¡Soledá! ¡Soledá! (*Vuelve a escena.*) ¡Hay que ver cómo ha cambiao esta chiquilla, que no es ni sombra de lo que fué! (*Aparece* SOLEDAD *por la izquierda, primer término. Cada vez más bonita y espiritual, es mayor su encanto y más dulce su figura.*)

SOL. ¿Qué quería osté, padre?

SALOM. Desirte que voy a ver al padre Froilán.

SOL. Ayer lo vi yo.

SALOM. ¿Y qué te dijo?

SOL. Me enseñó una carta de Cascabel que sólo en un momento de desesperación pudo escribirla.

SALOM. ¿Qué dises, niña?

SOL. La verdá, y na más que la verdá. Y ha sío un bien que sólo la leyéramos el padre Froilán y yo.

SALOM. ¿Y por qué?

SOR. Porque basta con que suframos nosotros compadeciendo al que en hora mala se marchó de aquí pa ser tan grande como ustedes disen, pero también tan desgrasiado como temo yo.

SALOM. ¿Y tú qué sabes?

SOR. Lo que me dise mi corasón, que no me ha engañao nunca, y él afirma en esa carta, que es como un gemido del alma de Cascabel, que se queja de verse ahogado en un mundo donde todo es mentira y donde es un delito tener un corasón como el que él tiene.

SALOM. ¿Y quién te ha enseñao a desir esas cosas tan dolorías?

SOR. Son palabras de su carta, y que he aprendido pa comprender todo lo que sufre

Cascabel, que quién sabe si llegará hasta olvidarnos.

SALOM. Eso nunca, Soledad. Ya volverá a nuestro lao cuando menos lo pensemos, porque aquí está toa su vida, su vida entera. No pienses de ese modo, porque, ¿sabes lo que es esto? Pues una playa, y playa donde viene a parar too lo del mundo después de toos los naufragios y temporales, y aquí, a esta playa llegará él cuando, náufrago también, quiera salvarse. ¿Lo entiendes? Cuando, náufrago del mundo, el mundo lo arroje aquí, donde estamos los que tanto le queremos y le salvaremos o moriremos con él.

SOR. ¡Ojalá que no se engañe!

SALOM. Por mu alto que esté, y aunque tenga su miajilla de orgullo, y con rasón, porque pue tenerlo, yo me sé una copla que dise, dise, que

«El tiempo y los desengaños
son dos amigos leales,
que despiertan al que duerme
y enseñan al que no sabe.»

Y el que quiea entendé, que entienda, que yo me voy a ve al padre Froilán, porque así me lo ha mandao la madre, y porque yo debo ir, y porque yo debo hacerlo. (*Mutis por la derecha, primer término.*)

SOR. (*Sola.*) «El tiempo y los desengaños...» Pero así que esa mujé lo asesine y cuando el pobre Cascabel no tenga remedio. (*Llega* SOR RESIGNACIÓN, *que sale del convento.*)

SOR RE. ¡Dios te guarde, hija!

SOR. Y a usted también, reverenda madre.

SOR RE. ¿Fué tu padre adonde le dije?

SOL. Sí, señora.

SOR RE. No puedo dominar esta impaciencia que tengo, y he salido de la iglesia porque mi pensamiento está en el que lejos de nosotros expone su vida.

SOL. Tiene usté rasón.

SOR RE. Tan noble y agradecido es, que ya ves cómo embellece y mejora su convento, este convento de Miralvalle donde le recogieron en día inolvidable para todos.

SOL. ¡Y en qué mala ocasión vinieron los de fuera a interesarse por nuestra pobreza!

SOR RE. Te refieres a la señorita Gloria, ¿no?

SOL. A la que se le llevó de aquí, donde pudo haber sido tan feliz y tan dichoso.

SOR RE. Pero él soñaba con otro mundo.

SOL. Más que con el mundo, él soñaba con otros amores que le llevarán a su perdición.

SOR RE. ¿A su perdición?

SOL. Sí.

SOR RE. No digas eso, que parece hijo de la desesperación de tu alma.

SOL. O temor de mi corasón, que no me ha engañao nunca.

SOR RE. Lo sé porque te conozco. He formado vuestro corazón, y tengo confianza en Cascabel y la tengo en ti, que no serás capaz nunca de dejarte dominar por la envidia ni los celos.

SOL. ¡Puede usted creerlo!

SOR RE. Entonces confía en mí y no pienses nunca temerariamente. Por encima de todo se halla Nuestra Santísima Virgen.

SOL. Tiene usted razón. Así lo haré, reverenda madre. Es usté una santa que con esas palabras da esperanzas y energías a mi corazón. ¡Dios se lo pague! ¡Dios se lo pague! (*Y hace mutis, penetrando en la casita pronunciando estas palabras.*)

SOR RE. (*Sola.*) ¡Enamorada! ¡Locamente enamorada! ¡La eterna historia y la eterna pena! ¡Y Cascabel no sabe ni sospecha que hay un corazón puro e inocente al cual hace desgraciado!

POLV. (*Abriendo la puerta.*) Abróchate y cuélate.

SOR RE. (*Oyéndolo.*) ¡Polvorilla! (*Aparece* POLVORILLA *por la derecha.*)

POLV. Salú.

SOR RE. Buenas, señor Polvorilla.

POLV. Mu güenas. ¿Qué tal por aquí?

SOR RE. Muy bien.

POLV. M'alegro con toda mi alma.

SOR RE. Lo creo, porque sé que usted nos aprecia mucho.

POLV. Más que a naide. Son ustés las únicas presonas que yo quiero de verdá, y siempre que pienso en Miravalle y en el convento no pueo contenerme y comienzo a relinchá y a relinchá y a decir cosas y cosas hasta que me dejan solo.

SOR RE. ¿De dónde viene al cabo de tanto tiempo?

POLV. De los madriles. He venío al cortijo, mandao. Déjeme que relinche de alegría al verme aquí en este odasis. Sólo por ver a ostés he venío de Alhabia.

SOR RE. Es usted una gran persona.

POLV. Y osté una Superiora superió. ¿Ande está el tío Salomón?

SOR RE. Fué a ver si había noticias de Cascabel.

POLV. Al telégrafo tengo que ir yo también.

SOR RE. ¿Sí?

POLV. Como se lo digo. Con too el doló de mi alma salí antiayé de Madrí sabiendo que atoreaba hoy el chiquillo; pero con la alegría de que vería a ostés ya me he consolao.

SOR RE. Muchas gracias, Polvorilla. ¿Pero vió usted a Cascabel? ¿Cómo está? ¿Qué dice? ¿Se acuerda de nosotros?

POLV. ¡Pare osté la jaca!

SOR RE. ¿Qué jaca?

POLV. La del pensamiento.

SOR RE. ¡Qué cosas dice!

POLV. Antiayé lo vi en el palace donde vive, y al decile yo que venía pa Alhabia y que vendría acá, paeció que se apenaba y que los ojos se le llenaban de lágrimas.

SOR RE. ¡Qué corazón!

POLV. Y no me dijo naa. Pero a mí cuando no se me dise naa es cuando entiendo mejó.

SOR RE. ¿Y qué entendió del silencio de Cascabel, si es que podemos saberlo?

POLV. Mucho de too, y naa de naa.

SOR RE. ¿Cómo ha dicho usted?

POLV. Perdóneme que hable en cifra; pero yo me entiendo.

SOR RE. Pues una servidora no le comprende.

POLV. Razón de más pa que me abroche y no sea más elocuente.

SOR RE. ¿Es que no es feliz?

POLV. Feliz pue que lo sea; pero tiene muchas penas.

SOR RE. ¿Penas el mejor torero de la cristiandad, como dice don Pío?

POLV. Y mu grandes y mu profundas.

SOR RE. Pues él, cuando nos escribe, se muestra muy satisfecho.

POLV. Pero la prosesión va por el surterráneo, porque Cascabé padese por culpa de quien lo tié dominao y ha hecho de él una rubina, y osté perdone la frase.

SOR RE. ¿Es posible, Polvorilla?

POLV. Como se lo digo.

SOR RE. ¡Todo sea por Dios!

POLV. En menos de un año, Cascabé no es ni su sombra. Y es que parece mentira que los hombres, desde Adán y Eva, sin ir más lejos, sean toos iguales.

SOR RE. No olvide usted que habla con una monja.

POLV. Yo tengo mucho talento, y no está bien que lo calle, yo tengo mucho talento y me hago cargo de lo que me hago cargo. Pero hay cosas que le dan a uno en el resorte de la metáfora y lo compungen a uno, y osté perdone la compunjación. (SOR RESIGNACIÓN, *que se esfuerza inútilmente por comprender a* POLVORILLA, *no puede más.*)

SOR RE. No lo entiendo a usted, y le ruego que se explique de otro modo.

POLV. ¿Es que no ha comprendío osté que me estoy refiriendo a mi señorita Gloria?

SOR RE. Sí, señor.

POLV. ¿Pues qué quié osté que le diga? Ella es una pérfida, y no digo que una ondina por no hasé daño, y ha cogío a Cascabé pa darle tóos los tormentos de la Inquisición.

SOR RE. ¿Será posible?

POLV. La Inquisición, ¿no quemaba a los hombres vivos? Pos ésta a éste lo trae frito.

SOR RE. ¡Dios mío!

POLV. Y mié osté que le tengo dicho mil veces que no se fíe de mi ama, que es una caprichondera, y que cuando se vea acosao que acuda a Salomón, que venga a mí, que le pregunte a los hombres sabios. Pero el hombre está orcecao y no le hase caso a naide. Claro está que dimpués del paroxismo vie la conformidá, y yo sé lo que me digo, y osté me entiende.

SOR RE. Pero ¿y las penas de Cascabel?

POLV. Recónditas y agoreras.

SOR RE. ¡Jesús!

POLV. Sí, señora. ¡Le ha hecho una de infamias mi señorita!... Y él terne que terne, y enamorao y más enamorao. Es tan esclavo de ella que da lástima; y en cambio ca vez que sale a toreá es que mete mieo.

SOR RE. ¿Sí?

POLV. Porque el suyo no es valor, es locura, es la ¡chipén! No hay más que recordá su aparisión en la plasa de Madrí cuando le quitó los humos al *Fogonero*.

SOR RE. Lo sé.

POLV. Dió más gusto aquella tarde que un concierto de pianola.

SOR RE. ¿De veras?

POLV. Mi osté como sería la cosa, que una fransesa que había a mi lao le tiró el lapisero de los ojos y er tubo de la risa, y yo, pa darle coba, me pasé la tarde cantando la *Marsellesa*. ¡Y dí una de vivas a la República y a la Iglesia!...

SOR RE. ¡Qué espanto!

POLV. ¡Maldita sea! Y me dieron una bofetá.

SOR RE. ¿Quién?

POLV. Un admirador, porque creyó que yo insurtaba a Cascabé cuando me levanté en er tendío y le grité: «Arrímate, ladrón. Acuérdate de tu madre, que es una cabra.» ¡Qué entusiasmo, qué paroxismo y qué gofetá! Hágase osté cargo ahora de mi atribulación cuando pienso en las malas obras que hace mi señorita con ese héroe que tie un corazón grande como una mezquita y güeno como el jamón de oló. Pero perdóneme osté si la afligío con este desahogo; pero no pueo contenerme; y cuando yo no puedo contenerme, suelto too lo que me se ocurre, too.

SOR RE. Tiene usted razón, Polvorilla.

D. ISID. Deo gracias. (*Desde la puerta de la derecha, que estará cerrada.*)

SOR RE. Aquí llega el señor maestro, con el que puede hablar mientras viene Salomón.

POLV. No será mucho, porque yo voy a telégrafo asina que descanse un poco.

SOR RE. Adiós, señor Polvorilla. Voy a rezar por Cascabel. (*Mutis por el convento.*)

POLV. (*Solo.*) La verdá de la verdá es que es pa volver loco a cualquiera lo que le pasa a Cascabel, que se ha enamorao del aire, o sea del humo, o sea de la armósfera, que es peó que enamorarse del Arco Iris.

D. ISID. Deo gracias.

POLV. ¡Atiza! No me acordaba ya... Pase usted, amigo. (*Llega por la derecha* DON ISIDORO, *que lleva debajo del brazo un rollo de papel; le acompaña un muchacho con un clarinete.*)

D. ISID. ¡Mi querido Polvorilla!

POLV. Servidor y transeunte. ¿Viene osté a to-

car el órgano, o a hablar de toros con las reverendas madres?

D. ISID. No vengo a discutir con ellas, que están muy atrasadas en eso, sino a que se vuelvan locas.

POLV. ¿Más de lo que están?

D. ISID. Sí, señor; porque he compuesto, y aquí lo traigo, el pasodoble de *Cascabel*.

POLV. Eso está mu bien.

D. ISID. He enseñado a éste a tocarlo en el clarinete, y cuando más descuidadas estén las madres, ya verá usted la revolución que armamos.

POLV. ¿Y aónde?

D. ISID. Aquí.

POLV. Difisilillo me parese armá una revolusión en un convento. Pero se armará.

D. ISID. A Salomón se lo he dicho, y el hombre se ha entusiasmao. Voy a ensayarlo. (*Caminando hacia el fondo, por donde hace mutis.*) Ya verá qué melodía... ¡Lo tocaremos en las procesiones!... ¡En las procesiones!... (*Mutis por el convento, seguido de su acompañante.*)

POLV. ¿En las procesiones? Pa mí que esto lo toca hasta en los bautisos y en los entierros. (*Mirando hacia la derecha.*) Por aquí vié Salomón, que es el tío más sabio que he conosío. (*Llamándole.*) ¡Salomón! (*Volviéndose a escena.*) Cuando me vea va a relinchá de entusiasmo. ¡Salomón! (*Aparece* SALOMON *por la derecha.*)

SALOM. ¡Polvorilla!

POLV. (*Efusivo y alegre, tendiéndole los brazos.*) Venga osté p'acá.

SALOM. (*Con un gesto de cansancio.*) Perdone que

no sea más efusivo. Vengo de casa del Padre Froilán, de ver si tenía notisias de la corrida de hoy.

POLV. ¿Y qué ha sabío?

SALOM. Na toavía.

POLV. Pues no se preocupe osté, porque yo espero dos telegramas de *Perdigón*, que pa estas cosas es una bala.

SALOM. ¿Dos telegramas?

POLV. U cuatro o seis. Yo también tengo mi intranquilidá, y ya que no pude quedarme en Madrí, se lo dije a *Perdigón*, que es un buen amigo mío. (*Accionando.*) Y apenas se termine la corría, *Perdigón* se montará en su caballo, echará p'alante y al llegar al telégrafo (*Silbando.*) parará su locomovil y pondrá dos palabras pa Polvorilla disiéndole lo que pasa, y Polvorilla vendrá aquí con la notisia y se echarán al vuelo las campanas y toos nos pondremos a bailar, a reír y a retosar, como manda el Evangelio.

SALOM. Tié osté rasón; pero como la hora se echa ensima, haga osté el favó de ir a enterarse y desirnos lo que sepa.

POLV. Y con toa mi arma, y no se ponga osté asina, que voy a ir muy de priesa y comiéndome los vientos. Conque, Salomón, hasta ahora mesmo. Ahora sí que voy que volando. (*Mutis por la derecha.*)

SALOM. (*Solo.*) Veremos lo que dise Polvorilla. Yo estoy que no vivo: no sólo por mí, sino por mi hija y las pobres monjas. (*Sale* SOLEDAD *de la casita, con un cestito de frutas.*)

SOL. (*Corriendo hacia su padre.*) ¿Qué sabe usté?

SALOM. Toavía naa. Pero no vayas a ponerte ahora a pensá tristezas por mo de la tardanza en tené notisias.

SOL. ¿Polvorilla? ¿Es que ha venío?

SALOM. Y naa menos que de allá.

SOL. ¿De dónde?

SALOM. De Madrí.

SOL. ¿Y qué dise de Cascabel?

SALOM. Que es un asombro y una maravilla, y que está hecho un monumento por lo notable y lo fuerte. Hemos hablao poco tiempo, porque el hombre tenía que irse; pero me ha llenao de orgullo. ¿Dónde ibas?

SOL. A llevarle esto a las monjitas.

SALOM. Anda con Dios. (*Mutis Soledad por el convento.*) ¡Pobre hija mía! (*Mirando hacia la derecha.*) ¿Quién es esa que viene ahí? (*Llega* LA VIRUTA *por la derecha. Esta Viruta es una chica de pueblo y viste miserablemente. En este momento empieza a atardecer muy lentamente.*)

VIR. Güenas tardes.

SALOM. Buenas tardes.

VIR. ¿Se puede pasá?

SALOM. ¿Y cómo no?

VIR. Pues con su permiso.

SALOM. ¿Traes algún telegrama o alguna carta?

VIR. No, eñó.

SALOM. Entonces, ¿qué es lo que quieres?

VIR. Yo vengo de parte de mi padre pa llevame las sillas que hay que componé.

SALOM. ¿Y quién es tu padre?

VIR. El nuevo carpintero. Y m'ha dicho, dice, dijo: «Mira, Viruta—porque yo soy La Viruta—: acércate al convento y dile a un

jardinero que hay allí que es un tío mu arrimao p'atrás...

SALOM. ¡Caray!

VIR. Que si ha preparao los encargos que quedó en mandarme. ¿Ande está ese tío?

SALOM. ¿Qué tío?

VIR. Ese tío tan atrasao.

SALOM. Estás hablando con él, y le vas a decir a tu padre que tenga más respeto con las personas sensatas.

VIR. Osté perdone; pero como no habla osté en latín...

SALOM. No me hase farta, ni tampoco a tu padre, que es, como creo, el nuevo guarda del camposanto.

VIR. Sí, eñó. Ese es mi padre, y osté perdone si le he ofendío.

SALOM. Estás perdonada, y puedes vení mañana a recogé los encargos.

VIR. Pues a mandá.

SALOM. Paece que te he molestao con lo que te he dicho del ofisio de tu padre.

VIR. ¿Pa qué mentir? Sí, eñó. ¡Y es que no sabe lo que paso por eso que ostá m'ha dicho.

SALOM. ¿Y por qué?

VIR. Por cosas, señó, por cosas; porque toos huyen de mí y no hay ninguna que quiera ser amiga mía, y ni en la escuela me resiben tan siquiera. Ya vé osté si una pue quejarse.

SALOM. Ties rasón.

VIR. Quee osté con Dios y perdóneme. Quee osté con Dios, y lo dicho: como si no hubiá dicho naa, naa. (*Hace mutis por la derecha en ocasión que salen* SOR RESIGNACION *y* SOLEDAD *del convento.*)

SOR RE. ¿Qué es eso, Salomón? ¿Trajo alguna noticia esa muchacha?

SALOM. No, señora. Es una pobre chiquilla que vino a recogé unos encargos.

SOR RE. ¿Y el padre Froilán? ¿Qué le dijo a usted?

SALOM. Que está como nosotros de ignorante. (*Se oye la voz de* PERICO, *que viene saltando de alegría.*)

PER. (*Dentro.*) ¡Viva Cascabel! (*Saliendo.*) El Padre Froilán. El Padre Froilán. (*Hay una pausa. Todos los actores manifiestan la alegría que les domina, cuando aparecen, por la derecha, el* PADRE FROILAN *y* POLVORILLA.)

P. FROI. (*Entrando.*) Alabado sea Dios.

SOR RE. ¿Qué? (*Se dirige hacia él presurosamente y besa su mano. Lo mismo hacen Soledad y Salomón. Perico, algo alejado, permanece silencioso, pero aturdidísimo.*)

P. FROI. Dios pone a prueba nuestra fortaleza con una desgracia que hemos de sufrir con valor.

SOR RE. ¿Una desgracia, Padre Froilán?

POLV. (*Aparte.*) ¡Ahora es cuando toos se mueren!

SOL. (*Aparte.*) ¡Dios mío!

P. FROI. Desgracia horrible para todos los que pusimos nuestro cariño en un ídolo del mundo: en Cascabel.

SOR RE. ¡Jesús!

SOL. ¡Virgen de mi alma!

POLV. (*Aparte.*) ¡La tragedia!

PER. (*Aparte.*) ¡Y el día de su alternativa!

SALOM. (*Aparte.*) ¿Qué va a pasá?

P. FROI. Desgracia para todos, empezando por mí, que no sé cómo he tenido energías para llegar al convento. Pero en el camino me encontré al bueno de Polvorilla, que me ayudó.

POLV. Servió.

P. FROI. Alguien que sabe lo que fuimos y lo que somos para *El Niño de las Monjas*, me comunicó la noticia urgentemente. Y yo, sacando fuerzas de mi flaqueza, he venido aquí.

SALOM. (*Sin poder contenerse.*) ¿Pero qué es lo que le ha pasao a Cascabé?

P. FROI. Idolo del mundo, el mundo lo derriba de su falso pedestal. Dios lo quiso. Acatemos los mandatos del que dispone que el que ama el peligro en él perezca.

SOR RE. ¡Padre!

SOL. ¡Mi corazón no me engañaba!

SALOM. ¿Y ha... muerto? (*Momentos de angustia y ansiedad.*)

P. FROI. Herido muy gravemente; sólo Dios puede hacer el milagro de salvarlo.

SOL. (*Cayendo en los brazos de Sor Resignación hecha un mar de lágrimas.*) ¡Madre! ¡Madre mía!

P. FROI. El día de su triunfo, el día señalado para su gloria, cae moribundo. Tengamos valor para rezar por el desdichado a quien yo bendigo en nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo.

SOR RE. ¡Dios lo ha querido!

SOL. ¡Pobre de nosotras!

SALOM. ¡Cascabé! (*Se oye el órgano del convento, que con toda su majestad suena tocando el pasodoble de Cascabel.*)

SOR RE. (*Oyéndolo.*) ¡Oíd!

SALOM. ¡Su pasodoble!

POLV. ¡El pasodoble de Cascabel! (*Y sigue sonando el órgano, mientras lloran hasta los árboles del jardín.*)

TELON

# ACTO TERCERO

La misma decoración del anterior. Es también de día.

(*Al levantarse el telón aparecen en escena el* PADRE FROILÁN *y* CASCABEL.)

P. FROI. (*Como refiriéndose a palabras anteriores de Cascabel.*) ¡Pero eso es sencillamente espantoso!

CASC. Pues óigame osté hasta el fin, porque necesito abrir mi pecho y dar salida a estas penas que me ahogan.

P. FROI. Si es por eso, sigue hablando.

CASC. Ídolo de la gente, y mimado por la fortuna, me reía el mundo; pero yo no era feliz.

P. FROI. Y aquí sin saberlo nadie; creyéndote el más feliz de los hombres.

CASC. Y lo hubiera sido, a no ser por mi locura.

P. FROI. Fué por eso por lo que te dejaste herir el día de tu terrible cogida, ¿no?

CASC. Ni lo sé siquiera. Yo estaba ciego. Amaba tanto a aquella mujer...

P. FROI. ¡Por Dios!...

CASC. Déjeme acabar, porque ésta es mi confesión.

P. FROI. Sigue entonces si es así.

CASC. Yo la quería tánto, que no me importaba naa de este mundo.

P. FROI. ¡Qué horror!

CASC. Y llegó el día de mi alternativa. En contra de mi voluntad, ella, Gloria, fué a los toros. Yo la vi en su palco. Estaba tan hermosa y tan alegre que tuve un momento de fiereza y pa que viera que yo era más que nadie y me mirara a mí solo, me fuí a los medios y toreé como nunca. Y mientras toos callaban aterraos, escuché un grito de espanto. ¡Era ella! ¡Ella que sufría por mí! Entonces volví la cara pa mirarla y ofrecerla toa mi vida. En aquel momento se arrancó la fiera. Me alcanzó. Y yo era tan dichoso que, sintiendo que destrozaban mis carnes, sentía también el dolor, el espanto y toa la pena de aquella mujer que me quería también, aunque sólo fuera un momento; pero que, al fin, me quería.

P. FROI. ¡Calla, por Dios, y no sigas hablando de esa manera!

CASC. Perdone este desahogo, que es como la voz de mi alma.

P. FROI. Pero de tu alma herida por los malos recuerdos. (*Llega* SOR RESIGNACIÓN, *que sale del convento muy jubilosa.*)

SOR RE. ¡Cascabel! (*Respetuosa.*) ¡Padre Froilán!

P. FROI. ¿Qué ocurre?

CASC. ¿Qué le pasa?

SOR RE. Que el señor Obispo nos ha escrito felicitándonos por tu mejoría.

P. FROI. ¡El señor Obispo!

CASC. No sé cómo agradecerle su interés.

SOR RE. Todos se alegran del milagro que hizo el cielo al devolverte la vida.

CASC. El Cielo y también ustedes, a quienes debo otra vez mi salvación.

SOR RE. A nosotras, no; sino a la Santísima Virgen nuestra Patrona.

P. FROI. Así fué.

SOR RE. Cuando te trajeron al convento, llegaste tan grave que parecía que ibas a morir.

CASC. Ni siquiea me acuerdo.

SOR RE. Menos mal que aquí, iluminado por la fe, te confesaste, y el Padre Froilán dispuso que llevásemos en procesión a la Virgen, conduciéndola ante ti. Adelantándose a todos, iba el confesor que te dió la comunión. Y mientras que todas al pie de la Virgen estábamos de rodillas rezando entre sollozos, ella, ¡nuestra Celestial Patrona!, sonreía entre las nubes de incienso, ofreciéndonos salvarte.

CASC. (*Viendo la emoción de la Superiora.*) Vamos, vamos, madre.

SOR RE. ¿Qué he de hacer, si débil mujer al fin, me rindo bajo el peso de tantas emociones como he sufrido?

P. FROI. No pensar en lo que ha ocurrido, sino alegrarse de que Cascabel ya esté curado.

CASC. Curao y en condiciones de volver a toreá.

SOR RE. Ya me da miedo esa profesión, que antes me gustaba tanto.

CASC. No hay que tener ninguno, porque ya verán ustedes lo que seré y el dinero que he de ganá pa demostrar mi cariño a las monjas de Miralvalle.

SOR RE. Ya sabemos lo que vales.

CASC. A Salomón quiero comprarle toos los libros de cantares que haya por ahí, y a Soledá... ¿qué cree usté que debo regalá a Soledá?

SOR RE. No sé qué decirte. La pobre niña ha rega-

lado a la Virgen todas las alhajas que le mandaste, y a las más pobres del pueblo, los vestidos que le diste.

CASC. ¿Y qué es lo que le pasa a Soledá, que parece huir de mí cuando me ve?

P. FROI. ¡Cosas de muchacha!

SOR RE. Eso..., eso... ¡Cosas de muchacha!

CASC. Yo no sé explicármelo, porque cuando mi desgracia ya me han dicho tóos y yo lo sé, que ella m'ha cuidao más que una madre, como ofreciendo su vida por salvar la mía.

SOR RE. Y yo la he visto pasar las noches en vela al pie de tu lecho con una energía y una resistencia verdaderamente heroicas.

CASC. Apenas la vea, ya verá osté lo que la digo pa que no huya más de mí como hace ahora.

P. FROI. Bueno, Cascabel. Vamos a dar nuestro paseo por la huerta.

CASC. Enseguida. Voy a coger el sombrero. (*Hace mutis penetrando en la casita.*)

SOR RE. ¡Padre Froilán! No deje de aconsejarle y conducirle por buen camino.

P. FROI. Descuide la Superiora, que así lo haré. (*Vuelve* CASCABEL *con el sombrero.*)

CASC. ¿Vamos, Padre?

P. FROI. Vamos.

CASC. Hasta ahora, reverenda madre. Y a no sufrir ya por naa. Vamos, vamos.

P. FROI. ¡Vamos, hijo mío! (*Gacen mutis por la izquierda, segundo termino.*)

SOR RE. ¡Qué bueno es el pobre! ¡Y qué lástima que haya sufrido tanto! (*Del eonvento sale* SOR ESCOLÁSTICA.)

SOR ES. ¿Hay permiso, reveranda madre?

SOR RE. Pase, Sor Escolástica. ¿Qué desea?

SOR ES. Decir a la Superiora que esta mañana vino al convento una extraña mujer a pedir limosna.

SOR RE. Hace lo que todos los menesterosos, que recurren a nosotras como si fuéramos ricas.

SOR ES. Una servidora no se atrevió a socorrerla sin el permiso de la reverenda madre. Pero le pregunté quien era y me dljo que la Embrujadora.

SOR RE. ¡Jesús! ¡La Embrujadora!

SOR ES. Sí. Y añadió que volvería por si le dábamos algo, no para ella, sino para su esposo, que es uno de los presos que se llevan hoy.

SOR RE. Haremos lo que podamos por la desgraciada.

SOR ES. A una servidora le dió mucha pena.

SOR RE. Lo comprendo, porque es muy triste la desgracia de nuestro prójimo. (*Roto, polvoriento y destrozado aparece* EL TORBELLINO *por la derecha. Es un incipiente toierillo de los que de capea en capea y de cárcel en cárcel van haciendose toreros de los de verdad.*)

TORB. ¿Se pue pasá? Pues con su permiso. Güas tardes. ¿Están güenas? Pos muchas gracias.

SOR RE. ¿Qué quieres?

TORB. Ver a Cascabel, si es que no molesto.

SOR RE. ¿Ver a Cascabel?

TORB. Sí, eñora.

SOR RE. ¿Y quién eres?

TORB. (*Jactancioso.*) Er Torbellino.

SOR RE. ¿El Torbellino?

TORB. Ni más ni menos.

SOR RE. Pues no te conocemos.

TORB. Ni él tampoco; pero no me importa.

SOR RE. ¿Entonces qué quieres de él?

TORB. Un favorsillo sirnificante, que es al mesmo tiempo un favor mu grande.

SOR RE. ¿Sí?

TORB. Sí, eñora. A pedírselo he venío andando ende Lucainena, mu avergonzao; peero también mu decidío.

SOR RE. ¿Y en qué consiste ese favor?

TORB. En que yo quieo ser torero.

SOR RE. ¿También?

TORB. Sí, eñora. Quieo sé como él.

SOR RE. ¡Eso es imposible! ¡Como él ninguno!

TORB. Güeno, parecío. Es que aquí aonde me vé osté me traigo una suerte nueva.

SOR RE. ¿Una suerte nueva? (*A Sor Escolástica.*) ¿No escucha Sor Escolástica?

SOR ES. Y tampoco lo comprendo.

TORB. Naa de navarras, ni de verónicas, ni de gaoneras.

SOR RE. (¿Es posible torear sin esos lances?)

TORB. Ni de faroles.

SOR BE. No veo lo que dices.

TORB. Pues es mu claro. Toreá como too er mundo no tie dengún mérito, y yo he inventao er torea de detrás por frente.

SOR RE. ¿Cómo? ¿De detrás por frente?

TORB. Como se lo digo.

SOR RE. ¿Y cómo es ese toreo?

TORB. Lo mesmo que el de frente por detrás, aunque too lo contrario.

SOR RE. Es natural.

TORB. Pues no es tan naturá cuando naide ha caío en eso, y he sío yo quien lo ha in-

ventao. Y es que mirándome en *El Niño de las Monjas* he comprendío lo que deben ser los hombres, y sin reparó en náa eché p'alante dispuesto a híncarme de rodillas y pedirle un traje de luces, el más viejo y el peó de los que tenga, pero un traje de luces. Vean ostés que poco.

SOR RE. ¿Y a eso has venido?

TORB. Pasao mañana toreo en Alhama una corría formá, y como no tengo dinero, ¿qué voy haser?... Y no es por náa, sino por mi madre y mis hermanillos. Los probes no tienen a naide más que a mí, que viéndolos esgraciaitos, quiero haser los imposibles del mundo. ¡Y como tengo való, y también mucha afisión, me jugaré la vida si es que hase farta; pero pá ellos, pa que los pobrecitos níos no pasen fatigas!...

SOR RE. No digas más, Torbellino. Si no quieres esperarlo, vete confiado en que luego te dará el traje de luces, porque yo se lo pediré para tí.

TORB. ¿De verdá?... ¿Un traje de luses de los de verdá?

SOR RE. Sí.

TORB. ¡De los de verdá! No sé lo que me pasa que hasta lloro de alegría y agradecimiento. ¡Bien disen tóos, que no hay quien llegue a este convento y no salga socorrío! ¡Bien disen tóos que esta es la casa de los probes! ¡Aluego volveré y aonde esté el Torbellino, tendrán ostés un amigo probe, pero agradesío! De corazón se lo digo, con tóo mi corazón. (*En el mutis, entre loco y arrobado.*) ¡Mi primé traje de luses!

Ahora verán tóos lo que es el toreo. Ahora lo verán. (*Mutis por la derecha.*)

SOR ES. Me ha conmovido.

SOR RE. ¿Y en qué consistirá esa nueva suerte que ha inventado? (*Sale de la lglesia nada menos que* PERICO, *o sea* Porcelana, *pero ahora vestido de monaguillo.*)

PER. ¿Dan ostés permiso?

SOR RE. Pasa, Perico. ¿Qué quieres?

PER. Decí a osté de parte del señó maestro que quié verla.

SOR RE. Voy en seguida.

PER. Pues na má.

SOR RE. Deja qee te mire bien. (*Examinándole.*) Parecía que te habías roto el hábito.

PER. No señora.

SOR RE. No habrás vuelto a las andadas, ¿eh?

PER. Un servió, ya no es como antes; ya no quié se má que monaguillo y aluego sacristán, si es que ostés siguen protegiéndome. Naa de toros ni de locuras. ¡Yo picaó! ¡En jamá de los jamases! ¡Los toros hasen mucho daño! ¡Mie osté como m'a dejao el Chocolate! (*Períco inicia el mutis cojeando.*)

SOR RE. Ya lo veo, ya. Vamos a ver al señor maestro.

PER. Pues, pasen ostés. (*Les franquea la salida y penetran en el convento Sor Resignación y Sor Escolástica. Detrás de ellas hace mutis Perico. Una brevísima pausa, y llega por la derecha* POLVORILLA *vestido de señorito; pero con un traje rarísimo.*)

POLV. Naide aquí; naide a la entrá; naide por denguna parte... ¡Pues señó! ¿Es que sa-

brán a lo que vengo? Güeno. Como el tío Salomón no me eche a patás de aquí, es que no hay justisia ni en España ni en este pueblo. Por lo pronto le diré lo que pasa como es mi obligación y ya veremos. (*Llegando hacia la izquierda segundo término y llamando.*) ¡Salomón! ¡Tío Salomón!

SALOM. (*Dentro.*) Va.

POLV. Ya viene pa acá. Ahora a ver cómo están los ánimos antes de que se alboroten con el paroxismo de la noticia. (*Llega* SALOMON *que sale de la casita.*)

SALOM. ¡Polvorilla!

POLV. ¡Tío Salomón!

SALOM. Tenga osté p'acá; venga osté p'acá. (*Se abrazan.*) Pero, ¡osté!, ¡osté!

POLV. El mesmo que viste y calza.

SALOM. (*Examinando su indumentaria.*) ¡Déjeme osté que le mire pa convencerme de que es osté.

POLV. Abróchese y míreme lo que quiera.

SALOM. ¡Y yo que le creía a osté no sé aonde!

POLV. Y he estao de turismo con mi señorita. Recorriendo las grandes urdes; hasta di a pará a la misma Alemania.

SALOM. ¡Y sin escribí siquiera una sola carta!

POLV. No he tenío tiempo; pue osté creermelo.

SALOM. ¡Cómo se van a poner las madres cuando lo vean!

POLV. Si no la toman conmigo por el aquel de mi ama, creo que toas se alegrarán.

SALOM. No la recordemos ni hablemos de esas cosas. ¿Quié osté fumá?

POLV. ¿Cómo no, compadre?

SALOM. Pues tome osté (*Le da la petaca. Se le van*

*los ojos detrás de ella; pero se la da. De pronto, viendo lo que abusa Polvorilla, que usa para papel de fumar sábanas de Holanda.*) Güeno... Güeno... Güeno...

POLV. ¿Cómo?

SALOM. Que es del güeno; del de Cascabel.

POLV. Entonces es «Patargaz».

SALOM. El mismo. Y ahora dígame. ¿ha visto osté mucho por esos mundos?

POLV. El caos.

SALOM. ¿Sí?

POLV. Al decir el caos, se dice que la locura.

SALOM. Ya lo sé.

POLV. Lo primerito que yo he aprendío es que no hay naa mejó que España, donde toos hablamos pa que toos se enteren.

SALOM. Es muy verdá.

POLV. Aquí no es como allí, donde pide osté una caña de manzanilla y le dan a osté un puñao e bicarbonato y una servilleta.

SALOM. ¡Qué atrosidá!

POLV. Y lo que pasa con la manzanilla, pasa con too que no pue osté relinchá como le parezca y desí las cosas como quiera osté.

SALOM. Lo creo.

POLV. No saben ni lo que son arvellanas, ni aceitunas con anchobas, ni refrescos de cebá tostá, y están tan atrasaos, tío Salomón de mi arma, que cuando comen arroz lo comen con teneó.

SALOM. ¡Qué irnorantes!

POLV. Y allá en Uropa es donde se ve lo grande que semos los españoles. Ya ve oste cómo seremos que recuerdo que en Berlín compra uno un palacio y un acordeón por una perra gorda oro.

SALOM. ¿Y cuántos ha comprao osté?

POLV. Denguno, porque yo me he dedicao al amó.

SALOM. Pero Polvorilla.

POLV. La caló y el infortunio. Y he hecho más conquistas que un sordao de Nápoles. Pero no crea que me he olvidao de osté.

SALOM. Nuchas gracias.

POLV. Y le he traío a osté un regalo, que me he dejao en la posá.

SALOM. ¿Un regalo?

POLV. Sí, eñó. Se trata de un grafófono que compré en Berlín y me costó una peseta con setenta céntimos.

SALOM. ¡Una peseta setenta? Entonces es que ese gramófono es tartamudo.

POLV. No sea osté guasón. Ahora permítame que me abroche y pregunte por la gente de por acá.

SALOM. Toos están perfectamente.

POLV. ¿Cascabé también?

SALOM. También.

POLV. ¿Curao completamente de la miurastenia?

SALOM. ¿De la qué?

POLV. De esa enfermedá que le dá a los toreros en la cabesa: la miurastenia.

SALOM. Eso es otra cosa.

POLV. ¿Por qué?

SALOM. Porque el pobre vive pensando y pensando sin preocuparse de naa, más que de lo suyo.

POLV. ¡Too sea por la Virgen!

SALOM. Nosotros confiamos en que olvidará a quien osté sabe; pero mientras tanto, no sabe osté lo que pasa.

POLV. Me lo figuro, tío Salomón.

SALOM. Güeno, Polvorilla. Toavía no me ha dicho osté lo que le trae por acá.

POLV. El gusto de saludarle y lo otro.

SALOM. ¿Y qué es lo otro?

POLV. Lo oblicuo.

SALOM. ¿Y qué es lo oblicuo?

POLV. Mi señorita.

SALOM. ¿Y qué le pasa a su señorita?

POLV. Lo de siempre, Salomón: que es una caprichondera que tié menos arma que una hormiga y menos cabesa que argunos mistos.

SALOM. No le entiendo.

POLV. Pues es mu claro, porque se trata de que ha venío ar pueblo.

SALOM. ¿Aquí?

POLV. Y pa ve a Cascabel y acapararlo de nuevo. ¿Le ha gustao el relincho?

SALOM. No, señó.

POLV. Ni a mí tampoco; pero ya está dicho.

SALOM. Y qué quié su señorita?

POLV. Verlo.

SALOM. ¿Sí?

POLV. Sí.

SALOM. Pues no lo consentiré.

POLV. ¡Valiente cosa es osté pa evitá que mi ama haga lo que quiera!

SALOM. Eso lo veremos.

POLV. (Me gusta.) No olvide osté, tío Salomón, que las mujeres, desde que Noé las metió en el arca, son eso: arcaicas.

SALOM. ¿Y qué?

POLV. Que hacen lo quieren.

SALOM. Si las dejan.

POLV. Y si no las dejan, porque mandaron en el arca y siguen mandando en el mundo, que es otra arca con hemisferio.

SALOM. Con hemisferio y zona tórrida.

POLV. (*Dándole la mano.*) Compadre: me ha podío osté.

SALOM. ¿Y qué quié osté decirme con esas coplas?

POLV. Que yo vengo mandao por ella pa ver a Cascabé y decirle que se prepare a recibirla. ¿Aónde está?

SALOM. ¿Quién?

POLV. Cascabel. ¿Aónde está?

SALOM. Aonde no le importa a osté.

POLV. ¿De verdá?

SALOM. Tan verdá como que me estorba osté. Aquí no entran ni osté ni su ama. Conque, ¡fuera!

POLV. ¿Es que me echa osté?

SALOM. Y a palos si es necesario.

POLV. (¡Olé!)

SALOM. (*Viendo que Polvorilla no se mueve.*) ¿Es que no me ha oío?

POLV. Sí. Pero no me voy, si osté no me arrempuja.

SALOM. Pues le arrempujo. ¿Qué pasa?

POLV. Naa, que yo haría lo mesmo.

SALOM. ¡Pues fuera de aquí!

POLV. Conste que yo no me quiero ir, y que es osté el que me echa a la fuerza, ¿no?

SALOM. Sí, eñó; yo.

POLV. Pues arrempújeme osté.

SALOM. (*Haciéndolo.*) ¡A la calle!

POLV. ¡Duro!

SALOM. ¡A mitá e la calle!

POLV. ¡Olé los tíos! (*Mutis por la derecha.*)

SALOM. (*Solo. Refiriéndose aún a Polvorilla.*) ¡Largo!... (*Recobrando la calma paulatinamente mientras habla.*) ¡Estaría bueno que

yo consintiera eso!... ¡Y con la alegría que yo recibí a ese Polvorilla, que..., güeno..., después de too, es un buen hombre!... Le he echao malamente, y el pobre, en vez de enfadarse, me ha aplaudío. La mala es ella, que no nos quiere dejar en paz y se empeña en martirizarnos. Pero ya veremos si lo consigue. (*Amenazando a un enemigo invisible y lejano.*) ¡Mardita sea!... (*Y hace mutis por el foro derecha. Una breve pausa y salen de la casita de la izquierda* SOLEDAD *y* LA VIRUTA.)

VIL. (*Saliendo.*) Ya lo sabes, Soledá.

SOL. Y no sé cómo convencerte pa que tomes los vestíos que te regalé y has venío a traerme.

VIR. ¡Es que no pue sé!

SOL. Pero, ¿por qué no los quieres?

VIR. Porque no pueo. Agradesía y apená, he venío a devolvértelos. Pero ya sabes lo que es la gente del pueblo; sabes también el oficio de mi padre... Siempre que me ven con algún vestío nuevo, toos se alejan de mi vera y me dicen unas cosas... Creen lo que debes figurarte. ¿No entiendes?

SOL. Sí.

VIR. Mientras viva en Miralvalle tengo que ir asina, con estas ropas. ¡Naica más que asina!

SOL. ¿Y es que no les da lástima de ti?

VIR. Denguna; soy la hija de... quien toos saben. ¡Y hasta me persiguen!... Naide se acerca a mí con buenas ideas, y toos huyen de mi lao. Solamente tú eres la que no se avergüenza de ser mi amiga y la única que no me trata como los demás.

SOL. Y la que te tratará siempre igual que ahora; te lo juro.

VIR. Gracias, Soledá, Dios te lo pague. (*Una pausa.*) ¡Si tu supieras con la envidia con que os veo a las que sois tan felises que no teneis que sufrir por na!

SOL. !No llores, Viruta!

VIR. Esta mañana cuando ví a la señorita que ha llegao al pueblo, me quedé como atontá.

SOL. ¿Qué señorita?

VIR. La que vino al convento cuando la rubína?

SOL. ¿Quién? ¿La señorita Gloria?

VIR. La que decían que se iba a casá con Cascabé, que se quiso matá por ella.

SOL. ¡Dios mío!

VIR. Yo la he visto. ¡Y es más guapa!...

SOL. ¡Ella aquí otra vez!

VIR. ¿No sabías que había llegado?

SOL. No... ¡Y ojalá que no lo hubiera sabido!

VIR. Entonces perdona si he sío yo la que te ha aflijío con lo que te he dicho. Ahora que te veo asina, es cuando comprendo lo que he oío de tí. Toos dicen que estás enamorá de Cascabé... ¡Pobre Soledá!...

SOL. ¡Y tan pobre, que no debes envidiarme!...

VIR. Muncho debes pasá pa hablá asina y pa llorá como lloras.

SOL. Vamos; vamos pronto.

VIR. ¿Tanta prisa tienes?

SOL. Sí.

VIR. ¿Y pa qué?

SOL. ¡Pa verla! ¿Te parece poco? (*Mutis por la derecha.*)

VIR. (*Saliendo detrás.*) ¡Pobre Soledá! ¡Pobre

Soledá! *(Mutis.)* (*Una brevísima pausa y sale del convento la encantadora* CECILIA *seguida por* DON ISIDORO.)

CEC. Confíe usted en la Superiora, que se lo dirá a Cascabel.

D. ISID. ¡Ojalá que no se olvide de hacerlo!

CEC. Ya verá usted como le dan lo que solicita usted.

D. ISID. Seguramente, hermana. Yo sé que a mí no me harán caso; pero a un torero, seguramente. Por eso le suplico que insista con la Superiora, para que no deje de recomendarme a Cascabel. ¡A ver si me dan algo para pasar la vejez tranquilamente!

CEC. Descuide usted y confíe en la Superiora.

D. ISID. Pues tantas gracias. (*Va a hacer mutis Don Isidoro, cuando llega por la derecha* LA EMBRUJADORA *que es una mujer todavía hermosa. Viste pobremente; pero hay en ella toda la energia de una raza fuerte. Y es que la Embrujadora es el alma de la tierra andaluza: de la tierra grande: de la tierra brava. Don Isidoro, después de cederle el paso, hace mutis.*)

EMBRUG. ¿Se pué pasá?

CEC. Si. Pase usted.

EMBRUG. Pues, con su premiso. Soy la Embrujadora. Ayer vine a pedir limosna y me dijeron que volviera. ¿Van a darme argo?

CEC. Iré a decírselo a la Superiora.

EMBRUG. ¡Dios se lo pague a la hermana, que paece un ángel.

CEC. No diga usted eso. Esas palabras yo no puedo oírlas.

EMBRUG. Osté perdone; pero es que cuando me reciben con caridá yo no sé que hasé. Y no

es por mí sino porque pido pa mi marío. Osté no sabe lo que se pasa con este cariño que le [mata a una. Ya me ve osté. Destrozá voy por los caminos siguiendo al que yo quisiera librá de sus cadenas aunque las llevara yo; yo que no sabía lo que era queré, y queré con toa mi alma, hasta que el probe de mi vida robó pa mí, pa que yo tuviera alhajas, pa que yo fuera dichosa, como si yo pudiera viví tranquila lejos de su vera y sin la sombra del que por mí vá a presiyo, por mí que con lágrimas de sangre, iré regando las carreteras, pero cantando y cantando pa que me oiga y sepa que yo no lo dejo nunca. ¡Nunca!

CEC. En eso hace usted muy bien, porque aunque yo no la entienda, creo que es así como deben ser en el mundo las que quieren con amor de corazón.

EMBRUJ. ¡Y con too mi corazón!

CEC. Si quiere perdonarme un momento diré a la Superiora lo que usted desea.

EMBRUJ. ¡Vaya osté con Dios y El le pague too lo que haga por esta probe!

CEC. Pues hasta ahora. (*Hace mutis penetrando en el convento.*)

BMBRUJ. ¡Dios quiera que no me desamparen. (*Llega* CASCABEL *por la izquierda, segundo termino.*)

CASC. (*Viendola.*) ¡Embrujadora!

EMBRUJ. No te extrañe verme por estos rabales, vine a pedí una limosna y ahora me iba.

CASC. Si es a eso a lo que viniste ya estás servía. Yo quiero socorrerte como te mereces. Toma. (*Y le da una sortija.*)

EMBRUJ. Gracias, rumboso. Dios te lo pague. Esta alhaja me dás, y yo la tomo como si estuvie hecha con el oro de tu corazón. Los diamantes de tu arma te hacen tan bueno, que más que hombre paeces un Emperador, más grande que *Mariposo* el contrabandista y más valiente que el *Tempranillo.*

CASC. No tienes que agradecerme lo que hago por tí con toda mi voluntad.

EMBRUJ. Lo sé. En toa la comarca te conocen toos y saben lo que eres y lo que vales. Ni aquí ni en tierras de agua hay quien se te iguale, como sabe la Embrujadora y afirman las espadas de la verdá. Ni tu mala estrella puede contigo, que a toos los vences con tu való. Una vitoria te aguarda, pero vitoria más grande que toas las tuyas, y en los libros de los sueños está escrito lo que naide ha de borrá. Con lágrimas y firmezas te salvará la mujé de buen color que te quiere como se debe querer.

PER. (*Entrando foro derecha.*) Güena mujé, ya pue usté entrá por la limosna.

EMBRUJ. Voy, güen moso. (*A Cascabel.*) No olvies mis palabras, que tú que sabes de libros, sabes que los de los sueños son los más reales. Los de los sueños, no lo olvíes nunca. (*Y hace mutis, seguida de Perico, por el foro derecha, pronunciando estas palabras.*)

CASC. (*Solo.*) ¡Pobre Embrujadora! (*Una brevísima pausa, y llega* SALOMÓN *por la izquierda, segundo termino.*)

SALOM. ¡Hombre! En busca tuya venía.

CASC. Pues aquí me tiene.

SALOM. Quería hablá contigo.

CASC. ¿Y de qué tenemos que hablar nosotros?

SALOM. De... Mira Cascabé. No me obligues a desí el nombre de la que toos llevamos en er pensamiento pa aborrecerla con too nuestro corazón.

CASC. ¿De Gloria?

SALOM. La misma.

CASC. ¿Y qué es lo que pasa pa que quiera usté hablarme de ella?

SALOM. Lo que nadie podía figurarse ni soñá.

CASC. No lo entiendo a usté.

SALOM. Yo quería ocultártelo, y pa que no lo supieras hasta eché a la calle a Polvorilla; pero se lo dije al padre Froilán y él me ha ordenao que no te lo calle, que te lo diga, y aquí me tienes pa que sepas de una vez que esa mujé está en el pueblo.

CASC. ¿En Miralvalle?

SALOM. Sí.

CASC. ¿Me busca entonces? ¿No es así?

SALOM. Eso parece.

CASC. ¡Gracias, Dios mío! ¡Ya era hora!

SALOM. Al saberlo el padre dijo lo mismo que tú: dió gracias a Dios, y ahora se prepara pa ir a visitarla.

CASC. ¿Qué el padre Froilán quiere ver a Gloria?

SALOM. ¿Es que no le crees digno de hablar con ella?

CASC. Sí; pero... Me parece un imposible.

SALOM. Te entiendo; sé lo que quieres decirme. Y es que de repente ves la diferencia que hay entre los buenos y los que no lo son, porque no lo son.

CASC. ¿Y qué me importa a mí si es que me quiere?

SALOM. ¿Qué te quiere a tí?

CASC. Cuando viene a buscarme claro que sí.

SALOM. No digas eso. ¿De aonde te tié cariño esa mujé que te precipitó a la ruina, a la locura y al ultraje? ¿De aonde?

CASC. ¿Y es que no puede arrepentirse y ser buena?

SALOM. No.

CASC. ¿Y por qué no?

SALOM. Porque demasiado comprendes que la que nase de un modo no pué ser de otro, y esa Gloria es como es, y naa más que como es.

CASC. ¿Y usté qué sabe?

SALOM. Mucho más que tú, porque soy más viejo, y el cariño que te tengo me hace ver lo que es pa ti esa mujé, que ni siquiera tié la virtú de ser fiel.

CASC. ¡No!

SALOM. ¡Sí!

CASC. ¡Cállese usté y no la ofenda ni me ofenda a mí!

SALOM. Pégame si quieres; pero ya lo sabes.

CASC. ¡Dios mío!

SALOM. *(Viendo el abatimiento de Cascabel. Con ternura paternal.)* Cascabel... Hijo mío... No estés así. Comprendo que te he hecha daño; pero la verdá no tié más que un lenguaje.

CASC. Tíé usté razón. Y me ha hecho tanto daño que me paece que no me pasa naa de tanto como me pasa. Pero es mi sino: ¡buena o mala!, ¡virtuosa o loca!..., ¡yo..., yo!... ¡Bueno!... ¡Prepáreme usté el caballo!; ¿que pa qué lo quiero?... Pues pa irme..., pa huir...; no sé si pa buscarla... o despeñarme por esas sierras; pero prepáreme

usté el caballo, se lo mando, se lo ruego, prepáreme usté el caballo. (*Y hace mutis, pronunciando estas palabras, por la puerta de la casita. Antes de que salga Cascabel, llega por la derecha* SOLEDAD, *que escucha las últimas frases.*)

SOL. (*Como si quisiera calmar la desesperación de Salomón.*) ¡Padre!

SALOM. ¿Has oído a Cascabel?

SOL. Sí.

SALOM. ¿Y qué te parece?

SOL. Que ha estao usté muy duro con el pobre, cuando así se marcha de desesperao.

SALOM. Es que tú no sabes lo que pasa.

SOL. También lo sé, porque acabo de ver a la antigua protectora de este convento.

SALOM. ¿Qué tú la has visto? ¿Y dónde?

SOL. Camino de por acá.

SALOM. ¿Es que viene aquí?

SOL. Me lo pareció.

SALOM. Era lo que nos faltaba. Voy a decírselo a quien se lo debo decir.

SOL. (*Mirando hacia la derecha.*) Ya no hay tiempo, porque mire usté.

SALOM. (*Mirando también.*) Es verdá. (*Una breve pausa. Soledad y Salomón miran cuando ven aparecer a* POLVORILLA.)

POLV. Buenas tardes.

SALOM. ¿Usté aquí otra vez?

POLV. Usté perdone, pero yo soy un mandao. (*Dirigiéndose a* GLORIA, *que todavía no ha entrado.*) Pase osté, señorita Gloria. (*Y entra la aludida... Viste un elegante, aunque sencillo traje de calle.*)

SALOM. (*A Gloria.*) ¿Aónde va osté?

GLOR. A visitar el convento, pues creo que tengo derecho.

SALOM. No tié osté ninguno mientras yo esté aquí.

POLV. (¡Ahora se arma er lío!)

GLOR. No sabía yo que usted tenía poder para prohibirme la entrada en esta casa, que, por ser la de Dios, es la de todos.

POLV. (¡Lo mató!)

SALOM. La de todos, pue que lo sea; pero nunca la de usté.

POLV. (¡Mu bien relinchao!)

GLOR. ¿Y por qué no?

SALOM. Por eso; por...

SOL. (*Con energía.*) Lo diré yo.

POLV. (¡Olé!)

GLOR. ¿Usted?

SOL. Si no le parece demasiado atrevimiento el de esta chica de pueblo, yo le diré lo que mi padre no sabe o no quiere decirle.

GLOR. Oigamos lo que tiene que decirme.

SOL. Muy poco, señorita; tan poco, que en una sola palabra podía encerrarse. Si usté tuviera conciencia, sería la conciencia de usté la que hablaría por nosotros, que no sabemos emplear esos términos tan escogíos de las gentes del mundo de usté; pero que a falta de otras razones hablamos con el corazón. (*La situación de los personajes es la siguiente: Salomón, al lado de Soledad, aunque no muy cerca; Polvorilla, lo mismo con respecto a Gloria, y las dos mujeres frente a frente sin manifestar odio ni un gran desprecio, sino la rivalidad que hay entre ellas.*)

GLOR. ¿Y qué quiere decirme ese corazón de que habla usted?

SOL. Que esta casa que le debe a usted el favor de que usted se interesara por ella, y que quisiera costear lo que valió el arreglarla; que esta casa, que es la de todos, no es la de usté, porque usté no viene a ella con caridad ni con religion, sino con el aquel de buscar al pobre que se amparó entre nosotros huyendo de usté precisamente.

GLOR. ¿Y usted lo sabe?

SOL. Lo afirmo, y usté no puede negarlo.

GLOR. Y aunque así fuera, ¿qué le importa a usted?

SOL. Mucho, señorita Gloria.

GLOR. ¿Sabe usted mi nombre?

SOL ¿Y quién no lo sabe aquí, donde se pronuncia a todas horas con tanta pena y con tanto dolor?

GLOR. ¿Tan mala me creen que sólo mi nombre produce espanto?

SOL. Aquí, sí; ¿pa qué negárselo? En el mundo de usté puede que sea usté una más; pero aquí, señorita Gloria, es otra cosa. Aquí no ha habío penas hasta que usté no vino; aquí no ha habío tristezas más que cuando la vimos a usté, y aquí todo ha sío paz y alegría hasta que usté, por capricho ó por lo que fuera, tuvo la ocurrencia de destrozar el alma del mejor y el más bueno de los hombres.

SALOM. (Ésta es mi hija!)

GLOR. Parece que, al hablar así, es que usted lo quiere y tiene miedo de que me vea, por celos o por temor.

SOL. El secreto de mi corazón es tan grande y tan sagrao, que sólo pertenece a Dios y a mí. Y que no es miedo lo que me hace de-

cir lo que la he dicho, pue usté comprenderlo cuando se mire pa dentro y vea lo que vale en el mu*a*do un corazón como el suyo y un alma como la mía. Y si le quiero, ¿qué importa? Más cariño es el mío y mucho mejor cariño, porque yo sería capaz de dar mi vida por salvar la suya, mientras usté ya hemos visto l o que ha hecho: volverle loco, hacer que hasta peni sara en matarse, pa luego volver por él y no consentí que la olvide a usté, que necesita hacerle todavía más desgraciao de lo que es el pobre. (*Soledad prouuncia estas palabras con toda el alma. La vivacidad que emplea al terminar estas frases es tan extraordinaria, que su fuego se transmite a todos.)* Y pa que vea usté cómo entienden los celos las mujeres como yo, voy a llamarlo yo misma.

GLOR. ¿Usted? (*Soledad se dirige hacia la casíta, cuando asoma* CASCABEL.)

SOR. (*A Gloria.*) Mírelo usté.

SALOM. ¡Cascabel!

CASC. ¡Gloria! ¿Tú aquí?

POLV. (*Aparte.)* ¡La hecatombe!

GLOR. Ya me ves. He venido a verte.

CASC. ¿Y has tenío ese való?

GLOR. ¿Tú puedes dudarlo?

CASC. Este no es el sitio donde debemos hablar.

GLOR. Ya sabes donde estoy.

CASC. Sí.

GLOR. Vamos, Polvorilla.

POLV. Vamos. (*A Salomón.*) Soy un mandao; es mi señorita.

GLOR. Buenas. *(A Cascabel.)* ¿Hasta luego?... ¿Hasta luego?

CASC. Sí. (*Gloira hace mutis por la derecha.*)

POLV. (*Antes del suyo, dirigiéndose a Soledad.*) Eres un canario flauta. (*Mutis.*)

SALOM. (*Salomón rompiendo el silencio que guardan.*) Ya lo sabes. Te está esperando. Vete. Paga con esto el cariño que toos hemos puesto en tí. Sé too lo desagradesío que puedas, que no te decimos naa. Anda vete. ¡Corre detrás de ella y ojalá que tu cariño sea su salvación, pues buena falta le hacel ¡Yo ya no pueo más! Me haré cuenta que no te he conocío nunca! ¡Nunca! (*Y hace mutis por la puerta del convento ahogado por el dolor.*)

SOL. (*Dirigiéndose a Cascabel, que permanece abatido.*) No le hagas caso. ¡El pobre te quiere tanto, que dice esas cosas que le salen del alma y seguramente te harán daño. ¡No le hagas caso!

CASC. ¿Pero es que yo soy un ingrato como él dice? ¿Es que yo merezco que me crean así? No, Soledá. El que no haya salío detrás de ella, es prueba de que, aunque sienta como siento, sé respetaros y quereros, y hacerme peazos el corazón, y oír lo que me ha dicho, y yo no merezco; no.

SOL. ¿Quién sabe si el pobre tendrá razón?

CASC. ¿Tú también lo crees?

SOL. También.

CASC. Porque tú no has querío en el mundo.

SOL. (*Vivamente.*) ¿Que yo no he querío? ¿Tú qué sabes? (*Reaccionando.*) Pero tiés razón. Yo no he querío de ese modo.

CASC. ¿Y cómo se quiere entonces sino es como quiero yo?

SOL. De otra manera, sobre too, las mujeres

que saben sacrificarse y callá la voz de su cariño de tal modo que puedan decirlas, como tú me has dicho a mí, que no quieren o que no saben queré; de otra manera más dulce, más resigná y más humilde; pero sin martirizá a nadie, sin hacé desgraciao a ninguno; callando, y callando siempre como yo hago; como yo he hecho; como yo haré. (*Al decir esto no puede contenerse, y las lágrimas no la dejan continuar.*)

CASC. Soledá.

SOL. Ya que me has oío; ya que no pude contener este grito de mi alma y lo sabes too; vete. Vete, Cascabel: yo te lo pido. Sigue tu destino. Vete en busca de esa mujer; vete en busca suya. (EL PADRE FROILÁN *que salió momentos antes, por la izquierda segundo término, oye lo que dice Soledad.*)

P. FROI. (*Interviniendo en la conversación.*) Ahora mismo.

CASC. ¿Cómo?

SOL. (¡El Padre Froilán!

P. FROI. (*Respondiendo a Cascabel.*) Vamos. Yo voy también.

CASC. Eso nunca.

P. FROI. ¿Y por qué?

CASC. Porque yo no pueo consentí que ella hable con usté.

P. FROI. Pues es preciso, hijo mío. Es necesario que yo la vea para buscar en su corazón un latido de piedad o arrepentimiento, y para exhortarla a que se una a ti como Dios manda, ya que tú crees que te quiere tanto.

CASC. ¿Que se una a mí? ¿Quién soy yo?

P. FROI. Un hombre honrado: un muchacho que siempre fué tan bueno que respetó a los mayores y veneró a los ancianos, y fué agradecido y noble. ¿Te parece poco?

CASC. ¡Poco, padre Froilán!

P. FROI. No es eso, Cascabel. Es que dudas de ella, en quien no tienes confianza porque no le tienes cariño verdadero y bueno.

CASC. ¿Cómo que no?

P. FROI. Porque lo que tú sientes hacia esa desventurada es odio espantoso y fiero. ¡Amor el tuyo! ¡Amor es la paz del alma! ¡Amor es resignación y felicidad, y, sobre todo, alegría; dulce alegría del alma que lo siente como una bendición dei cielo!

SOL. ¡Padre mío!

P. FROI. ¿Por qué sufres si no por ese falso amor que te domina? El cielo ha sido tan bueno que permitió que yo viviera para dirigirte estas últimas palabras. Oyélas. Allá el mundo con su maldad, y aquí nosotros; allí el amor malo con sus tormentos, y aquí el amor bueno con su ternura. Elije.

CASC. ¡Padre Froilán! (*Los dos muchachos cogen las manos del padre, que parece un Santo, cuyo reino no es de este mundo. Así los sorprenden todos los actores, que salen a escena, siendo de las primeras en llegar* SOR RESIGNACIÓN. *La siguen las* MONJITAS, SOR CECILIA y SALOMÓN.

SOR RE. ¿Qué pasa? ¿Qué nos dijo Salomón que ibas a hacer?

SOL. *(Corriendo hacia la Superiora.)* ¡Madre mía!

SOR RE. ¿Qué ibas a hacer?

CASC. ¡Madre!

P. FROI. Contesta y dí que te dispones a vencer heroicamente la tentación, ¿no es así? (*Hay un momento de ansiedad; transcurrido el cual se oye un suspiro de alegría cuando dice Cascabel.*)

CASC. Sí.

SOR RE. ¡Hijo mío!

CASC. Viviré pa los que pa mí vivieron. Volveré a mi profesión; pero pa pagaros vuestros favores: pa usté reverenda madre, pa usté tío Salomón, pa ti también Soledá.

SOL. Pa mí no, pa ellas; pa las pobres monjitas de Miralvalle, pa que sean felices en su destierro.

SOR RE. Y para tí, Soledad; para ti en primer lugar. ¡Sed felices hijos míos; hijos del convento! ¡Yo os bendigo! (*Cuando pronuncia estas palabras Sor Resignacion, asoma* POLVORILLA *por la derecha.*)

POLV. ¿Pueo entrá ahora?

SALOM. Sí. Pase osté.

SOR RE. Polvorilla.

POLV. No me digan naa. Veo lo que pasa, y yo diré a mi señorita lo que se me ocurre al ver este cuadro.

SALOM. ¿Y qué se le ocurre a usted?

POLV. ¡Que la vida es lacónica y que el mundo es cuadrilátero!

SALOM. ¡Cuadrilátero y con poros! Venga osté p'acá. (*Se abrazan. Lloran hasta los ár-*

*boles del jardín; pero lloran de alegría. Momentos antes salen por el foro derecha la Embrujadora con un gran lío, la acompaña* PERICO. *Ambos al ver el cuadro se quedan sorprendidos.*

TELON

# OBRAS DEL AUTOR

## ESTUDIOS HISTORICOS

**Bécquer.**—Biografía anecdótica.
**Espronceda.**—Idem íd.
**Triunfantes olvidados.**

## NOVELAS

**La salerosa.**
**La niña bonita.**
**La rama seca.**
**Juventud.**
**Crisálidas.**
**El toque de oración.**

## COMEDIAS

**La corrida de beneficencia.**—Tres actos.
**Cosas que vuelven.**—Idem íd.
**El Rayo.**—Idem íd.
**El tío político.**—Idem íd.

# PUNTOS DE VENTA

Los ejemplares de esta obra se hallan de venta en todas las librerías y en la Sociedad de Autores Españoles.

Será considerado como fraudulento todo ejemplar que carezca de sello de dicha Sociedad.

**Precio: 3,00 pesetas.**